

# HERMANN HESSE LECTURAS PARA MINUTOS

1



se

Hermann Hesse tituló *Lektüre für Minuten* un impreso privado con el que pretendía aliviar un tanto su obligación de responder a numerosas felicitaciones, cartas y regalos. Se trataba de una recopilación de 39 pensamientos extraídos de los libros de Hesse y anotados por un lector. La existencia de este impreso fue el estímulo y la legitimación ulterior de la presente edición ampliada.

En principio no se pensó en un libro de esta índole. Todas las citas acumuladas aquí formaban parte de

una recopilación de material en la que se recogían expresiones características o dignas de tener en cuenta y que llamaron la atención al preparar la edición de las obras completas de Hesse y al estudiar su obra póstuma, con más de 3000 recensiones, cientos de fascículos e incontables cartas. Fue la reacción de la prensa de habla alemana ante el sobrecogedor renacimiento de Hesse en los Estados Unidos lo que mostró la necesidad de publicar una selección de este material.

Esta recopilación resume en sus 550 citas, ordenadas por temas, la

esencia del pensamiento de las obras de Hesse. Al hacer la primera lectura nos sorprendió la continuidad que revelaban estos pensamientos expresados en lugares muy diferentes y durante etapas y circunstancias de la vida muy distintas. Incluso allí donde se contradicen, no son contradicciones del autor, sino polaridades del problema visto por el temperamento de Hesse.



Hermann Hesse

# **Lecturas para minutos, 1**

ePub r1.0



Título original: *Lektüre für Minuten 1-  
Gedanken aus seinen Büchern und  
Briefen*

Hermann Hesse, 1971

Traducción: Asunción Silván

Selección de textos: Volker Michels

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2





[www.epublicbre.org](http://www.epublicbre.org)

*Aniversario*

EDICIÓN CONMEMORATIVA





# Política

En todo el mundo los políticos son muy partidarios de la revolución, de la razón y de deponer las armas, pero ¡sólo tratándose del enemigo, no de uno mismo!

(1)

¿Por qué sólo se es partidario de la autodeterminación de los pueblos allí donde se espera sacar provecho de ello?

(2)

Nadie pensaba en una guerra, se aumentaba el armamento sólo por si acaso, porque los ricos ven con agrado muros de hierro alrededor de su dinero.

(3)

Toda la Historia mundial parece girar alrededor de propósitos, ideas o transformaciones del mundo que muy pronto resulta que no se pensaban tan en serio. Ayer se estaba lleno de nobles sentimientos, pero hoy se puede estar de otra manera, esto es lo más desolador.

(4)

Los que desean la guerra, la preparan y

por medio de vagas promesas de una paz venidera o creando el miedo a invasiones intentan convertimos en colaboradores de sus planes, son amenaza para nuestro mundo y para cualquier tipo de paz.

(5)

La guerra no hace avanzar al mundo, sólo empuja, entrega pasajeraamente nuevas metas a las pasiones, y después, tarde o temprano, volverá a aparecer la miseria social, grande y terrible como antes.

(6)

El patriotismo coloca en lugar del

individuo un complejo mayor. Pero sólo es valorado cabalmente como virtud cuando empiezan los tiros.

(7)

Me gusta ser patriota, pero antes soy hombre, y cuando ambas cosas no se compaginan le doy siempre la razón al hombre.

(8)

Así como el soldado muerto es la eterna repetición de un error, así deberá repetirse la verdad en mil formas, siempre y eternamente.

(9)

Nadie es culpable. Se dispara e incendia hasta dejar al mundo en ruinas y al mismo tiempo se es completamente inocente. Se es «exponente» o «factor» o alguna otra cosa ingeniosa, pero no un ser humano, moral, puesto bajo la ley de Dios, responsable ante él. No doy ni un penique por todo ello.

(10)

Un cobarde, el que elude los esfuerzos, los sacrificios y peligros que tiene que afrontar su pueblo. Pero no menos cobarde, y traidor por añadidura, es quien traiciona los principios de la vida espiritual por intereses materiales, por

ejemplo, el que está dispuesto a permitir que los que ostentan el poder decidan cuánto son dos por dos. Es traición sacrificar el sentido de la verdad, la honradez intelectual, la fidelidad a las leyes y métodos del espíritu en aras de cualquier otro interés, incluso los de la patria. Cuando en la lucha de intereses y consignas se pone la verdad en peligro de quedar tan desvalorizada, desfigurada y violentada como queda el individuo, entonces nuestra única obligación es oponernos y salvar la verdad, es decir el ansia de verdad, y erigirlo en nuestro máximo artículo de fe.

(11)

Es mejor soportar injusticias que cometerlas. Está mal querer realizar los deseos con medios ilícitos. Esto para los generales son tonterías, y los hombres de Estado se ríen de ello, pero así y todo son viejas y acreditadas verdades.

(12)

Una guerra no cae del cielo; como cualquier otra empresa humana, hay que prepararla, necesita de los cuidados y de la colaboración de muchos para llegar a ser posible y real. Pero la desean, la preparan y la sugieren aquellos hombres y fuerzas a los que



proporciona alguna ventaja. O bien les aporta beneficios en dinero contante y sonante, como a la industria de armamento (y en cuanto hay guerra ¡qué cantidad de pequeñas industrias, antes inofensivas, se convierten en negocios de armamento y con qué rapidez afluye a estos negocios el capital!) o bien les proporciona importancia, consideración y poder, como a los generales y comandantes sin trabajo.

(13)

Dos son las enfermedades del espíritu a las que debemos, en mi opinión, la situación actual de la humanidad: los delirios de grandeza de la técnica y los

del nacionalismo. Ellos dan al mundo su fisonomía y su conciencia de sí mismo, ellos nos han deparado dos tierras junto con sus consecuencias y, hasta que se desfoguen, harán madurar todavía otras consecuencias parecidas.

La oposición a ambas enfermedades del mundo es hoy en día la tarea y la justificación más importantes del espíritu sobre la tierra. Al servicio de esta oposición he estado durante toda mi vida, una gota de agua en la inmensidad del mar.

(14)

Encuentro que nuestra vida, la vida de un occidental de nuestros días, es tan

abominable que sólo pueden soportarla zoquetes, idiotas, gente sin nervio, sin gusto, sin delicadas vibraciones; el «heroísmo» es también el ideal de estos tiempos y acaba a cuarenta grados bajo cero en las trincheras. No, los seres humanos soportan esta vida sólo porque ya se han desacostumbrado a los más delicados, y entre ellos los mejores y más bellos, dones del hombre.

(15)

Cuanto más sean los individuos que consigan observar el teatro del mundo con tranquilidad y actitud crítica, tanto menor será el peligro de las grandes locuras de masas, en cabeza el de la

guerra.

(16)

Hoy no está la razón política en el mismo lugar donde se halla el poder. Es preciso que exista una afluencia de inteligencia e intuición desde círculos no oficiales si se quieren evitar o atenuar catástrofes.

(17)

¡Buen provecho les haga a aquellos ingenuos que pudieron amarse a sí mismos y odiar a sus enemigos, a aquellos patriotas que nunca necesitaron dudar de sí mismos porque nunca tuvieron, ni en lo más mínimo, la culpa

de la miseria y desgracias de su país, sino, naturalmente, los franceses, los rusos o los judíos, da igual quién, en todo caso un tercero, un «enemigo»! Quizás estos hombres, nueve décimas partes de los vivientes, fueran verdaderamente felices con su bárbara religión primitiva, quizás vivieron envidiablemente alegres en su coraza de estupidez o de enemistad profundamente astuta hacia el acto de pensar.

(18)

El heroísmo, que resulta tan bien en los partes del día y en los comunicados de victoria, es un sentimentalismo. Cuando un vencido y un desdichado se quita la

vida a los pies de su bandera, o cuando uno que ha tenido mala suerte no quiere saber nada más de la amistad, del amor y del bien, porque, según su opinión, le han dejado en la estacada, se trata de un comportamiento que sólo puede sobrecoger a los espectadores de una obra de teatro. Rechinar los dientes no es heroísmo, y nada más lastimoso que consolarse pensando en futuras revanchas, con el puño cerrado en el bolsillo.

(19)

Es sabido que los atavismos más crasos sienten la necesidad más impetuosa de cubrirse con un ropaje de modernidad y

progreso.

(20)

Aunque sólo sea por cortos períodos de tiempo, considero posible en diversos países, no sólo de Europa, una recaída de masas en la sugestión fascista. Cuanto más valor y más posibilidades de actuación pierden la personalidad individual y la familia en los Estados modernos, y son sustituidos por colectividad y unificación, tanto mayor es el peligro.

(21)

El experimento fascista es un experimento retrógrado, inútil,

disparatado y bajo; el experimento comunista, en cambio, tenía que hacerlo la humanidad y, a pesar de su triste atascamiento en lo inhumano, deberá ser repetido una y otra vez para conseguir, no la estúpida «dictadura del proletariado», sino algo así como justicia y hermandad entre burguesía y proletariado. Cosa que, ante la semejanza de métodos con que actúan fascismo y comunismo, se olvida fácilmente.

(22)

Para gobernar no es imprescindible ser estúpido y brutal, como pensaron en tiempos algunos intelectuales fatuos,



pero sí se necesita sentir una inquebrantable complacencia ante una actividad dirigida hacia afuera, una pasión por identificarse con fines y medios, y también una cierta falta de escrúpulos en la elección de caminos que conduzcan al éxito. Todo ello cualidades que no debe poseer un sabio, y que de hecho no posee, pues para él tiene más importancia la observación que la acción. En la elección de medios y métodos para llegar a su fin, ha aprendido a ser todo lo escrupuloso y desconfiado que le es posible.

(23)

El hombre primitivo odia aquello ante lo

que siente temor, y en algunos rincones de su alma también el hombre civilizado y educado es primitivo. Así, el odio de pueblos y razas hacia otros pueblos y otras razas descansa, no en la superioridad y la fuerza, sino en la inseguridad y en la debilidad.

Un ser verdaderamente superior, un verdadero señor, compadecerá, quizás alguna vez lo desprecie, pero nunca odiará al ser al cual se sabe superior.

(24)

A menudo la Historia no me parece otra cosa que un libro de estampas que refleja el más fuerte y ciego anhelo del hombre: el anhelo de olvidar. ¿No

destruye cada generación, utilizando los métodos de la prohibición, del silencio absoluto y de la burla, siempre precisamente aquello que a la generación anterior le parecía lo más importante? ¿No acabamos de vivir que pueblos enteros olvidan durante años, desmienten, reprimen y hacen desaparecer por encanto una guerra terrible, de años de duración, horrorosa, y que estos mismos pueblos ahora, en cuanto han descansado un poco, con ayuda de novelas emocionantes, vuelven a intentar recordar aquello que hace algunos años ellos mismos organizaron y sufrieron?

(25)

Por todas partes se busca la «libertad» y la «felicidad» en algún lugar tras de nosotros, de puro miedo a que se nos recuerde la propia responsabilidad, nuestro propio camino. Durante unos años se bebe y se festeja y después nos arrastramos y nos convertimos en personas serias al servicio del Estado.

(26)

Todo hombre es algo personal y único, y querer colocar en lugar de la conciencia personal una colectiva, es lo que se llama abuso y el primer paso hacia todo lo totalitario.

(27)

Muchas veces he visto cómo una sala llena de hombres, una ciudad llena de hombres, un país lleno de hombres caían en ese éxtasis y vértigo que convierten a una multitud de individuos en una sola unidad, una masa homogénea; he visto cómo todo lo individual se apaga y como el entusiasmo que provoca la conformidad de pareceres, la confluencia de todos los instintos en un instinto de masas, llena a cien, mil o millones de un sentimiento de superioridad, de un deseo de entrega, de un desprendimiento de la propia personalidad y de un heroísmo que en un principio se manifiesta en llamadas, gritos, escenas de confraternidad con

emoción y lágrimas y finalmente acaba en guerra, locura y ríos de sangre. Mi instinto de individualista y de artista me ha prevenido continuamente contra esta capacidad del hombre de embriagarse con el sufrimiento común, el orgullo común, el odio común, el honor común. Cuando en una sala, un pueblo, una ciudad o un país se hace patente este sofocante sentimiento de entusiasmo, me vuelvo frío y desconfiado; entonces me recorre un temblor y veo ya la sangre fluir, las ciudades en llamas, mientras la mayoría de mis conciudadanos, con lágrimas de entusiasmo y profunda emoción en los ojos, están aún ocupados en aclamar y confraternizar.

(28)

No creo en una humanidad «mejor», yo no creo que nunca mejor o peor, es siempre igual. Pero las irrupciones de lo demoníaco en lo humano suceden en épocas, no sólo ocultas entre criminales y psicópatas sino que a veces abiertamente y a lo grande, hacen política y arrastran a pueblos enteros.

(29)

Observo, no ya con verdadera intención de comprender, sino sólo con asombro, cómo los instintos políticos más pueriles y más bovinos adoptan el nombre de «ideologías», etc., cómo incluso toman

los modales propios de una religión. Estos sistemas tienen en común con el socialismo marxista, aunque éste sea muchísimo más espiritual, la consideración del hombre como casi ilimitadamente politizable, lo cual el hombre no es, considero que las convulsiones del mundo actual son en su mayoría consecuencia de este error.

(30)

En el transcurso de mi desarrollo no he rehuido los problemas de mi tiempo, como opinan mis críticos políticos, ni he vivido en una torre de marfil, pero el primero y más candente de mis problemas nunca fue el Estado, la



sociedad o la Iglesia, sino cada hombre por separado, la personalidad, el individuo único y no normalizado.

(31)

Comprendo y apruebo que un hombre exija mucho de sí mismo, pero cuando amplía esta exigencia a otros y convierte su vida en «lucha» por el bien, me abstengo de todo juicio, pues no espero lo más mínimo de la lucha, de la acción ni de la oposición. Creo saber que toda voluntad de transformar el mundo conduce a la guerra y la violencia y por eso no me puedo solidarizar con ninguna oposición, pues no apruebo sus últimas consecuencias y considero incurables la

injusticia y la maldad del mundo.

Lo que si podemos y debemos transformar somos nosotros mismos; nuestra impaciencia, nuestro egoísmo (también el espiritual), nuestro sentimiento de estar ofendidos. Nuestra falta de amor y tolerancia. Cualquier otra transformación del mundo, incluso cuando brota de las mejores intenciones, la considero inútil.

(32)

El contacto con la rudeza y la envidia, la alegría ante el mal ajeno y el odio, a veces incomprensible, en el mundo que nos rodea, resulta siempre repulsivo, a pesar de que deberíamos saber que la

mayoría de los hombres no lo son sino a medias y que entre ellos abundan las bestias. Tan rodeados y amenazados estamos por la bajeza como por la muerte. Y esa repulsión responde seguramente a que, aunque no pagamos bajeza con bajeza, sabemos y sospechamos en secreto que las condiciones de vida de la mayoría de los hombres son indignas y necesariamente, por su naturaleza, tienen que engendrar maldad, y que nosotros, algo mejor educados, formados y mimados, ocultamente sí tenemos participación en los horrores de la situación.

(33)

Pienso que el comunismo no sólo está justificado sino que es natural —surgiría y vencería aunque todos estuvieran en contra—. Quien hoy está de parte del comunismo, afirma el futuro. Pero seguramente se preguntara usted: por qué yo, que creo en la verdad del comunismo y que soy partidario de los oprimidos, no intervengo en lucha con ellos y pongo mi pluma al servicio de su partido. Contestar a esto es ya más difícil, pues se trata de cosas que para mí son sagradas y rigurosas y que para usted casi no existen. Rechazo de plano y por completo hacerme miembro del partido y poner mi trabajo de escritor al

servicio de un programa, aunque la perspectiva de hermandad y de camaradería, de comunidad con un mundo de correligionarios, sería suficientemente atractiva.

(34)

Creo en el comunismo como programa para la futura hora del mundo, lo considero indispensable e ineludible. Pero no por ello creo que el comunismo tenga mejores respuestas para las grandes cuestiones vitales que cualquier otra ideología anterior. Creo que después de cien años de teoría y después del gran intento ruso, ahora no sólo tiene el derecho, sino la obligación

de realizarse en el mundo, y creo y espero sinceramente que conseguirá hacer desaparecer el hambre del mundo y aliviarle así de una gran pesadilla. Pero no creo que con ello se haya realizado lo que las religiones, leyes y filosofías de otros siglos no consiguieron. Que el comunismo, más allá de la proclamación del derecho de cada hombre al pan y respeto a su persona, tenga razón y sea mejor que cualquier otro credo anterior, eso no lo creo. Tiene sus raíces en el siglo XIX, en medio del campo del más árido y oscuro dominio de la razón de un profesorado sabihondo, sin fantasía, ni amor.

(35)

No disuado a nadie de que se integre en un partido, pero a todos les digo que si lo hacen a edad demasiado temprana corren el peligro de vender su propio juicio a cambio de la ventaja de estar rodeados de camaradas, pero también —y eso se lo digo a mis propios hijos— que pertenecer a un partido y a un programa no debe ser un juego, sino que ha de tener validez completa: que el que es partidario de la revolución no sólo tiene que entregarse cuerpo y alma, sino también estar dispuesto y ser capaz de matar y de usar la ametralladora y el gas.

(36)

El fascismo y el bolchevismo son hermanos enemigos, pero al fin y al cabo hermanos, y donde crece el uno abona el campo para el otro y conjura su presencia.

(37)

Lo político no me interesa; si no, hace mucho tiempo que sería revolucionario.

(38)

La diferencia entre Marx y yo, dejando aparte las dimensiones mucho mayores de Marx, es que Marx quiere transformar el mundo, yo al hombre en particular. Él se dirige a las masas, yo a los individuos.



(39)

Probablemente el futuro es del comunismo. Otra cuestión es cuánto vaya a durar ese futuro. En el año 1500 el futuro era palpablemente del protestantismo.

(40)

Confesarse comunista significa, para quien se exige cuentas intelectuales, preguntarse: ¿Quiero y apruebo la revolución? ¿Puedo decir que sí a que se maten hombres para que a otros, quizá, les vayan algo mejor las cosas? Ahí está el problema intelectual. Yo no me reconozco el derecho a la revolución y a

matar. Lo cual no impide que considere inocente al pueblo que aquí o allá mata o estalla en desesperación e ira. Pero yo mismo no sería inocente si formara parte de ella, ya que traicionaría uno de los pocos principios indispensablemente sagrados que tengo.

(41)

Revolución no es otra cosa que guerra; es, como ésta, una «continuación de la política por otros medios».

(42)

Mientras el comunismo no adopte como meta algo así como la distribución de poder y bienes entre todos, sino la

«dictadura del proletariado», será, comparado con Marx, un paso atrás, y mientras el beneficiario no sea el pueblo, sino el pequeño grupito de bonzos, mejor es no seguir hablando de él.

(43)

La mayoría de los hombres no tienen credo político propio, sino el de su casta; tanto los capitalistas como los socialistas son, en su noventa y nueve por ciento, partidarios de opiniones para cuyo examen no les alcanza su inteligencia.

(44)

La igualación, por bienintencionada que sea, va contra la naturaleza. Conduce al fanatismo y a la guerra.

(45)

Hoy en día ocurre con lo social, con el culto a la comunidad y a lo colectivo, que precisamente los egoístas y enfermos morales se refugian con máximo ardor en teorías sociales y alianzas que, al igual que nosotros, a quienes nos tachan de sospechosos, entienden lo social, esto es, la obligación de integrarnos y el ideal del amor, como un supuesto previo.

(46)

A lo largo de mi vida, que ha sido rica en contactos con hombres de muchos países, he conocido un número muy reducido de hombres cuyas opiniones políticas se diferenciaron realmente de las de los artículos periodísticos que leían. Por eso me inclino a no reconocer la opinión política de alguien como un rasgo auténtico de su personalidad y no me intereso mucho más por lo que hay detrás de esa opinión, por el hombre mismo.

(47)

Tienes razón al decir que estamos indefensos ante el Estado y poderes

semejantes. Pero, según mi opinión, estás completamente equivocado cuando de ello concluyes que deberíamos responder defendiéndonos «sin escrúpulos». Precisamente eso es lo que no debemos hacer: quejarnos del mundo porque no tiene escrúpulos y actuar de la misma manera. Precisamente ése es nuestro privilegio y nuestra nobleza, que tenemos escrúpulos, que no pensamos que todo está permitido, que además no colaboramos odiando, matando y haciendo toda clase de bajezas.

El gesto grosero «me cago en todo» no lo habéis inventado vosotros los primeros. Ha aparecido más de cien veces en la historia; cabe soportarlo,

cabe comprenderlo como reacción de gentes débiles y mal educadas frente a un abuso cruel, pero aprobarlo y tenerlo por correcto, eso no se puede.

(48)

Que los obreros maten a los fabricantes o que alemanes y rusos se disparen entre sí, sólo es un cambio de dueños.

(49)

Persona y programa no son lo mismo. Se puede sentir más ilusión por los adversarios, o incluso por los enemigos declarados, se pueden aprender más cosas buenas de ellos que de correligionarios que sólo lo son con la

razón, con la palabra.

(50)

La palabra «personalidad» no se considera hoy en día indispensablemente como un ideal, como por ejemplo lo era en tiempos de Goethe. Tanto la burguesía cuanto el proletariado rechaza la personalidad individual como fin en sí mismo —no se pretende criar individualidades geniales sino un término medio normal, sano y trabajador—. Así prosperan estupendamente las fábricas. Pero en poco tiempo se ha visto; por ejemplo, en Alemania, que ciertas funciones vitales de la nación sufren y entran en crisis mortales cuando



faltan la energía, la responsabilidad y la pureza interior que sólo lleva consigo el individuo de sentimientos elevados. La horrible degeneración del quehacer político, de la vida de partido y del parlamentarismo nos muestran claramente dónde está la carencia, y esos mismos partidos que no admiten en su seno a quien se diferencia, por poco que sea, de la medianía, buscan después a gritos al «hombre fuerte».

(51)

Para mí hay dos Historias de la Humanidad, la política y la espiritual. No se percibe en ninguna de ellas nada que pudiéramos considerar como

progreso. Tanto da que Sansón mate a los filisteos con un hueso como que Hitler lance cohetes contra Inglaterra. Y de la filosofía de los Upanishads a Heidegger tampoco se percibe ningún progreso. Sin embargo ambas Historias se diferencian notablemente. Si se observa la Historia mundial, en cualquier época que se quiera, se ve que es fea, cruel y demoníaca. La Historia del lenguaje, de los modos de pensar, de las artes, por el contrario, está cuajada toda ella de imágenes muy bellas.

(52)

A pesar de todo, en la Revolución Francesa de 1789 nunca he amado ni

admirado a los revolucionarios, sino siempre a los aristócratas que morían guardando la compostura. Pues, pese a todas las verdades cristianas, democráticas y socialistas, que siguen siendo válidas a un nivel más llano, toda cultura y toda belleza descansan en la nobleza, en ser bien nacido de pensamiento, espíritu y alma, hoy día tienen que morir los más nobles porque poseen ojos, oídos y alma delicados y despiertos.

(53)

No ha sido solamente el horror y la inutilidad de la guerra civil lo que se me ha hecho palpable; es toda guerra, todo

tipo de violencia y codicia belicosa, es todo tipo de menosprecio de la vida y de abuso del prójimo. Entiendo por paz no sólo la militar y política, sino la de cada hombre consigo mismo y con sus vecinos, la armonía de una vida llena de sentido y amor.

(54)

¡Nos reímos de los que rehúsan hacer el servicio militar! Según mi opinión, ellos son el síntoma máspreciado de nuestro tiempo, aunque cada cual explique su proceder con razones especiales. Pero ahora se ha llegado al punto de pasar un proyecto para que los que rehúsen hacer el servicio militar por razones morales

tengan la oportunidad de sustituirlo por un servicio civil. Quizás no prospere, hoy todavía no, pero es absolutamente seguro que prosperará algún día, y quizás llegue también un tiempo en que por cada tres soldados haya otros diez haciendo el servicio civil, un tiempo en el que la profesión de las armas, en la medida en que todavía exista, queda relegada a los matones y cerdos de nacimiento. Pero todo esto no hubiera sido posible de no ser porque un número reducido de hombres, siguiendo un sentimiento profundo, tuvieron antes el valor de protestar contra la mayoría y de negarse a cumplir el servicio militar.

Guerras hubo siempre desde que sabemos de la existencia humana, y seguirá habiéndolas mientras la mayoría de los hombres no puedan convivir en el reino del espíritu. Guerras las habrá todavía durante mucho tiempo, quizá siempre. Sin embargo la superación de la guerra sigue siendo, antes como ahora, nuestra más noble meta. El investigador que busca el remedio contra una epidemia no abandona su trabajo cuando una nueva enfermedad le sorprende. Mucho menos dejará de ser nuestro ideal el que «haya paz en la tierra» y amistad entre los hombres de buena voluntad. La cultura humana surge

del ennoblecimiento de los instintos animales, del pudor, la fantasía, el entendimiento. Que la vida merece ser vivida es el contenido último y consuelo de todo arte, por mucho que todos los que exaltan la vida tengan que morir. Que el amor es superior al odio, la comprensión superior a la ira, la paz superior a la guerra, esto nos lo tiene que grabar a fuego esta maldita guerra mundial con mayor profundidad de lo que nunca hayamos sentido antes.

(56)

Era completamente falsa la opinión que a menudo se escuchaba durante la guerra: que esta guerra, por su alcance,

por lo atroz de su gigantesco mecanismo, bastaría para disuadir de ella a las generaciones futuras. Disuadir no es un medio de educar. A quien le divierte matar no le estropea la fiesta ninguna guerra. Las acciones de los hombres no derivan ni en su centésima parte de consideraciones racionales. Se puede estar convencido de la inutilidad de una acción y vehemencia.

(57)

No hay nada más aborrecible que las fronteras, nada más estúpido que las fronteras. Son como cañones, como generales: mientras reinan la razón, la comprensión humana y la paz, pasan



inadvertidas y se ríe uno de ellas, en cuanto estallan la guerra y la locura, se vuelven importantes y sagradas.

(58)

El soldado que mata enemigos pasa siempre por más patriota que el campesino que cultiva sus tierras lo mejor posible. Porque el segundo saca provecho de ello. Y, curiosamente, en nuestra enrevesada moral ¿se considera dudosa aquella virtud que hace bien y es útil al que la posee! ¿Por qué realmente? Porque estamos acostumbrados a conseguir ventajas a costa de los demás. Porque, llenos de desconfianza,

pensamos que tenemos que desear lo que otros tienen.

(59)

Cuando un niño desobediente se revuelve contra el castigo y los reproches diciendo que otros niños son igual de desobedientes, sonreímos y tenemos la respuesta a punto. Pero al igual que el niño travieso, durante la guerra nos hemos apoyado una y otra vez en que nuestros enemigos por lo menos no eran mejores que nosotros.

(60)

Ante lo oficial y lo burocrático me

comporto, antes y ahora, rechinando los dientes, y me da pena y encuentro ridículo que pueblos enteros todavía hagan genuflexiones y cumplan ordenes penosamente, mientras los gobiernos mismos no saben lo que quieren y deben.  
(61)

Soy una estufa, pero igual podría ser un hombre de Estado. Tengo una boca grande, doy poco calor, despido humo por un tubo, tengo un buen nombre y despierto grandes recuerdos.  
(62)

Desgraciadamente, las citas de la Biblia en boca de hombres de Estado no han

constituido hasta ahora experiencias felices.

(63)

¿Han tenido razón alguna vez los políticos? ¿No tenía más valor un verso de Hölderlin que toda la sabiduría de los potentados?

(64)

El sensato aspira al poder, aunque sólo sea para realizar el «bien». El máximo peligro radica ahí, en la aspiración al poder, en su abuso, en la voluntad de mandar, en el terror. Trotski, que no puede ver azotar a un campesino, permite sin escrúpulos degollar a

cientos de miles por el bien de sus ideas.

(65)

La violencia es el mal, la no violencia el único camino de aquellos que han despertado. Este camino nunca será el de todos y nunca el de los gobernantes, ni el de los que hacen la Historia y dirigen las guerras. La tierra nunca será un paraíso, ni el hombre será uno con Dios, ni se reconciliará con Él. Pero, cuando uno sabe de que lado está, se vive más libre y tranquilo. Siempre hay que estar preparado para el sufrimiento y el abuso, pero nunca puede estar dispuesto a matar.

(66)

Sólo en la guerra se permite matar, porque en ella nadie mata por odio o por envidia, en interés propio, sino que todos hacen lo que la comunidad exige.

(67)

También las hormigas hacen guerras, también las abejas tienen estados, también los hamsters almacenan riquezas.

(68)

Quien trabaja por valores espirituales siempre tendrá en contra suya tanto a los patrioterros como a los patriotas del monedero; y muchas veces se dan ambos

en una misma persona.

(69)

No cabe tachar de atávico el patriotismo y al mismo tiempo ser miembro de boleras o peñas de escritores.

(70)

Para mí ya no hay más «patria» ni ideales, eso es todo decoración para los señores que preparan la siguiente matanza.

(71)

La juventud embriagada de tragedia y grandeza era mitad picara, mitad amable, cuando vagabundeaba con la

mochila y guitarra, mas al poco tiempo ya se prestaba admirablemente para hacer la guerra, conquistar y atormentar.  
(72)

Pienso que más adelante, cuando se hable de nuestro tiempo, se observará cierta tendencia a la supervaloración religiosa de la comunidad y una «huida» cabal de las obligaciones personales para buscar refugio en las sociales. No puedo compartir esta opinión de que todo lo que atañe a la comunidad es en sí mejor y más sagrado que los asuntos de cada cual. La disposición y obligación con respecto a lo social es una de nuestras de nuestras posiciones y



obligaciones, importante, pero no la única, ni la máxima, que obligaciones «máximas» no existen en absoluto. El hombre piadoso, volcado hacia Dios, de otras culturas anteriores era, de suyo, social en alto grado, a pesar de que todo su empeño lo dirigía a su relación personal con Dios. Y así ha sido siempre, en tiempos de los chinos de la Antigüedad y en todas las épocas; el hombre virtuoso, valioso, deseable, adecuado para la perfección, ha sido siempre aquel que se sabe en relación directa con Dios, igual da que sea general o eremita, y cuando en su puesto realiza aquello para lo cual está allí: madurar hasta el máximo grado posible

de valor; y entonces era también valioso e importante en su actuación frente a los demás, frente a la comunidad y al Estado.

(73)

Viva la diversidad, la diferenciación y el escalonamiento. Es maravilloso que existan multitud de razas y pueblos, numerosas lenguas, incontables variantes de mentalidades y orientaciones filosóficas de la vida. Si soy enemigo irreconciliable y aborrecedor de las guerras, las conquistas y las anexiones, lo soy, entre otros motivos, porque víctimas de estas fuerzas oscuras caen tantas cosas de la

cultura humana gestadas históricamente,  
profundamente individualizadas y  
ricamente diferenciadas.

(74)

Sólo se puede vivir intensamente a costa del yo. El burgués no valora nada tanto como el yo (un yo sólo rudimentariamente desarrollado, por cierto), a costa de la intensidad alcanza la conservación y la seguridad, en lugar de locura divina cosecha tranquilidad de conciencia, en lugar de satisfacción bienestar, en lugar de libertad comodidad, en lugar de ardor mortal una agradable temperatura. El burgués es por ello, según su esencia, una criatura

de débil empuje vital, timorata, temerosa de cualquier entrega de sí misma, fácil de gobernar. Por eso ha colocado en lugar del poder la mayoría, en lugar de la fuerza la ley, en lugar de la responsabilidad el sistema de votación.

(75)

Las leyes y las recetas no están ahí para el individuo, sino para las multitudes, para los rebaños, los pueblos y colectividades. Las personalidades verdaderas tienen las cosas más difíciles, pero también más hermosas; no disfrutan de la protección del rebaño, pero sí de las alegrías de la propia

fantasía, y cuando superan los años de la juventud tienen que afrontar una gran responsabilidad.

(76)

El poeta no es ni superior ni inferior al ministro, al ingeniero, al orador, pero es algo completamente distinto de ellos. Un hacha es un hacha y con ella se puede cortar leña o también cabezas. Pero un barómetro o un reloj sirven para otros fines y, cuando con ellos se cortan leña o cabezas, se rompen sin que nadie saque provecho.

(77)

# Sociedad e individuo

Cuanto más cerca estamos sentados unos de otros, mas difícil nos resulta llegar a conocernos.

(78)

«Reales» llama el burgués sólo a las cosas que todos, o por lo menos la mayoría, perciben de modo semejante.

(79)

«Un delincuente», se dice, y con ello se pretende señalar que alguien hace algo

que otros le han prohibido.

(80)

Para el burgués es sagrado todo lo que es común y comunitario, lo que comparte con muchos, si es posible con todos, lo que nunca le recuerda la soledad, el nacimiento y la muerte, el yo más íntimo.

(81)

Así me han ocurrido a mí las cosas: jamás me han atacado y escupido por un asunto tonto, banal y fútil, sino que, cuando me han pitado, ha sido siempre por un acto o un pensamiento que más adelante se ha visto acreditado.

(82)

Quien está fuertemente individualizado tiene que reconocer que la vida es una lucha constante entre sacrificio y pesar, entre el reconocimiento de la comunidad y la salvación de la personalidad.

(83)

Cuando en el alma de personas especialmente dotadas y delicadamente organizadas despunta la conciencia de su diversidad, cuando estas personas, como todo genio, rompen la vana ilusión de la unidad de la personalidad y se sienten como seres multipartitos, como un manojo de muchos yos, basta que



exterioricen este sentimiento para que inmediatamente la mayoría los encierre, llame a la ciencia en busca de ayuda, diagnostique esquizofrenia y proteja a la humanidad para que no tenga que escuchar de boca de estos infelices una llamada de la verdad.

(84)

¿Qué es grande o pequeño, importante o insignificante? Los psiquiatras declaran a un hombre enfermo mental si reacciona de manera sensible y violenta frente a pequeñas perturbaciones, incitaciones nimias, ofensas triviales a su dignidad, mientras el mismo hombre, quizás, soporta sereno sufrimientos y

conmociones que a la mayoría se le antojan muy graves. Y se considera sano y normal a un hombre al que se le pueden pisar los pies durante mucho tiempo sin que lo note, a un hombre que soporta sin queja ni protestas la música más mísera, la arquitectura más pobre, el aire más viciado, pero que golpea la mesa y jura por todos los diablos en cuanto pierde jugando a las cartas. He visto muy a menudo en locales públicos a personas de buena fama, tenidas por normales y dignas, maldecir y jurar de modo tan fanático, tan grosero, tan puerco a causa de un juego perdido —y más cuando consideraban justo achacar a un compañero la culpa de esa pérdida

— que sentí la necesidad de solicitar al médico más próximo la internación de esos infelices. Y es que hay muchas escalas de valores, todas ellas aplicables; pero considerar sagrada una de ellas, ya sea la de la ciencia o la de la moral pública del momento, no lo lograré nunca.

(85)

Cada hombre es el centro del mundo, alrededor de cada uno parece girar voluntariamente, y cada hombre y cada día de su vida es el punto final y la culminación de la Historia: tras él, los siglos y los pueblos están hundidos y marchitados, y ante él no hay nada, sólo

el momento, todo el gigantesco aparato de la Historia parece estar al servicio del apogeo del presente. El hombre primitivo considera como una amenaza cualquier cosa que perturbe este sentimiento de ser el centro, de estar en la orilla mientras los otros son arrastrados por la corriente, se niega a que le despierten y le enseñen, le parece odioso y hostil el despertar y el verse rozado por la realidad y se aparta con instinto amargado de aquéllos a los que ve acometidos por el estado de alerta, de los visionarios, problemáticos, genios, profetas, posesos.

(86)

Por su propio bien no se le permite al hombre ni la más mínima desobediencia a las leyes morales, por la comunidad, por el pueblo, por la patria, le está permitido todo, incluso lo más prohibido, incluso lo más terrible, y cualquier impulso penado en otros casos conviértese aquí en deber y heroísmo.

(87)

Cada uno de nosotros tiene que encontrar por sí lo que es lícito y lo que es ilícito —ilícito para él—. Cabe no hacer nunca nada prohibido y, sin embargo, ser un gran infame.

(88)

Quienes no quieren responsabilidad ni pensar por cuenta propia necesitan y exigen caudillos.

(89)

El que es demasiado cómodo para pensar por su cuenta y para constituirse en juez propio se somete a los mandamientos, cualesquiera que sean. Bien fácil tiene la cosa.

(90)

Lo que nunca deseo, ni siquiera en los peores momentos, es un estado intermedio entre bueno y malo, una especie de término medio tibio y soportable. No, preferible exagerar el

arco, mejor un martirio aún peor y en compensación los momentos felices tanto más esplendorosos.

(91)

El hombre, creo yo, es capaz de grandes sublimaciones y grandes indecencias, puede ascender hasta semidiós y hundirse hasta semidemonio; pero después de realizar algo verdaderamente grande o cometer algo verdaderamente indecente vuelve a caer sobre sus propios pies y recobrar su medida, y al golpe pendular del salvajismo y de lo demoníaco le sigue inevitablemente el golpe de vuelta, el anhelo innato e inevitable del hombre por la medida y el

orden.

(92)

Los que saben son siempre sólo unos pocos. Pero quizás necesiten ellos tanto de la masa que los rodea y protege como la masa necesita de ellos.

(93)

Las personas con valor y con carácter resultan siempre incómodas e inquietantes a los demás.

(94)

Donde revientan los animales más nobles, vence el conejo; no tiene pretensiones, se encuentra a gusto y se



reproduce sin tasa.

(95)

No hay nada tan malvado, salvaje y cruel en la naturaleza como el hombre normal.

(96)

Se denomina «carácter» al hombre que tiene algunas opiniones e ideas propias, pero que no vive de acuerdo con ellas. Sólo de cuando en cuando deja finamente vislumbrar que piensa de otra manera, que tiene opiniones propias.

(97)

La misma humanidad que pondera y

exige entre los vivos la obediencia a sus arbitrarias leyes como virtud suprema, acoge en su eterno panteón precisamente a aquellos que se opusieron a esa exigencia y que prefieren morir antes que ser infieles a sus «propias ideas».

(98)

Lo que inhibe o frena a menudo mis pasos en la vida práctica, lo que parece duda o indecisión, quizás sea en mi caso debilidad, pero es lo contrario de ligereza y descansa en un profundo sentido de la responsabilidad del hombre por cada uno de sus pasos.

(99)

El hombre ha conquistado el gobierno de la tierra y no es un buen gobernante. Pero los despiertos y bien intencionados tienen que realizar su parte, no con enseñanzas y sermones, sino de manera que cada uno intente vivir con sentido dentro de su esfera.

(100)

Verdaderamente son sólo los inventos «útiles» los que me repelen y de los que desconfío. En estas conquistas supuestamente útiles hay siempre un poso tan maldito, son todas tan mezquinas, tan poco generosas, tan cortas de aliento, se tropieza tan pronto

con el móvil que las ha impulsado, con la vanidad o con la ambición, y por doquier dejan estas útiles manifestaciones de la cultura un largo rastro de indecencia, guerra, muerte, miseria oculta. Detrás de la civilización, la tierra está llena de montañas de escoria y basura; los inventos útiles no sólo traen consigo hermosas exposiciones mundiales y elegantes salones del automóvil: a remolque traen también masas de mineros de pálido rostro y mísero sueldo, enfermedades y desolación, y a cambio de poseer máquinas de vapor y turbinas la humanidad tiene que pagar con infinitas vejaciones a la imagen de la tierra y a la

imagen del hombre, paga con arrugas en el rostro del obrero, con arrugas en el rostro del patrón, con la ruina del alma, con huelgas y con guerras, con un sinfín de cosas terribles y detestables, mientras que, por el contrario, nulo es el precio que hay que pagar por el invento del violín, o por la composición de las arias de Fígaro. Mozart y Mörrike no le costaron mucho al mundo, fueron gratis como los rayos del sol; cualquier empleado de una oficina resulta más caro.

(101)

También el hombre zafio, superficial, reacio a pensar siente esa antiquísima

necesidad de descubrir un sentido a la vida; y cuando ya no encuentra ninguno, su vida privada cae bajo el signo de una egolatría salvajemente aumentada y de una angustia mortal multiplicada.

(102)

Transformar tiempo en dinero es fácil, igual de fácil que transformar corriente eléctrica en luz y calor. Lo demencial y vulgar de ese lema —el más estúpido de la humanidad— es que se utilice la palabra «dinero» precisamente como denominación de lo más valioso.

(103)

Para muchas personas gravemente

enfermas del alma no me parecería a mí una desgracia la rápida pérdida de sus bienes y el resquebrajamiento de su fe en la santidad del dinero, sino la más segura y quizás única salvación posible, al igual que, en medio de la vida actual, tengo por muy deseable el sentido del juego del instante, el estar abierto a la casualidad, cosas de las que sufrimos todos gran carencia, en contraposición con el culto único al dinero y al trabajo.

(104)

No conocemos sentimientos «buenos» y «malos», de derechas y de izquierdas, pero conocemos dos tipos de personas y solamente juzgamos de acuerdo con

ello: aquellas que intentan vivir sus ideales y aquellas que sólo los llevan en la cartera.

(105)

Cuando un hombre siente la necesidad de justificar su vida, lo que importa no es la altura objetiva y general de su ejecutoria, sino que en su vida y en su quehacer realice su esencia, lo que le ha sido dado, tan completa y limpiamente como le sea posible.

Mil tentaciones nos apartan continuamente de este camino, pero la más fuerte de todas es que en el fondo nos gustaría ser completamente distintos de lo que somos, que seguimos ejemplos



e ideales que no se pueden alcanzar y que ni siquiera se debe alcanzar. En personas de talento esta tentación es especialmente fuerte y tanto más peligrosa que el simple egoísmo, porque tiene la apariencia de lo noble y lo moral.

(106)

No es mi obligación entregar a los demás lo objetivamente mejor, sino lo mío, tan pura y sinceramente como sea posible.

(107)

Según mi experiencia, el peor enemigo y corruptor del hombre es esa tendencia,

basada en la pereza mental y en la necesidad de tranquilidad, hacia lo colectivo, hacia comunidades con dogmas absolutamente fijos, ya sean religiosos o políticos.

(108)

Sólo depende del ánimo. A menudo también lo pierde el más valiente, y entonces tendemos a buscar programas, seguridad y garantías. El ánimo necesita de la razón, pero no es hijo suyo, sino que procede de estratos más profundos.

(109)

El verdadero santo, aunque a sí mismo se exige altos grados de ascetismo, es

comedido, incluso dejadizo, en las exigencias ascéticas que impone a los demás.

(110)

Obedecer es como el comer y el beber. Quien se ha visto privado de ello durante mucho tiempo, ya no encuentra nada mejor.

(111)

El que pretende vivir mucho tiempo, tiene que servir. Pero quien pretende mandar, no vive mucho.

(112)

El hombre poderoso perece en el poder,

el sumiso en el servicio, quien busca el placer en el placer.

(113)

Dinero y poder son invenciones de la desconfianza.

(114)

Cuando odiamos a una persona, odiamos en ella algo que está en nosotros mismos. Lo que no está en nosotros no nos inmuta.

(115)

Claridad sobre sus sentimientos y sobre el «alcance» y consecuencias de sus acciones, sólo la tienen las personas

buenas y seguras que creen en la vida y que no dan un paso del que no puedan responder también mañana y pasado mañana. No tengo la suerte de contar entre ellas y siento y actúo como alguien que no cree en el mañana y considera cada día como el último.

(116)

Entendernos podemos entendernos unos a otros, pero interpretarse sólo puede cada cual a uno mismo.

(117)

Lo burgués es un estado de lo humano que se da continuamente; no es otra cosa que el ansia de un término medio entre

el sinfín de extremos y pares contrapuestos del comportamiento humano.

(118)

El que asciende y asume mayores obligaciones no se vuelve más libre, sino cada vez más responsable.

(119)

Es el principio de toda caída: tomar en serio las cosas grandes y considerar normal que no se tomen en serio las pequeñas. Venerar la humanidad, pero atormentar a sus componentes, tener a la Patria o a la Iglesia o al Partido por sagrados y hacer el trabajo diario mal y

chapucero: toda corrupción empieza así. Sólo hay un medio educativo contra ella: dejar de lado en nuestro caso particular y en el de los demás, todas las cosas serias y sagradas, tales como ideales, ideologías y patriotismo, y en cambio dirigir todo el interés a lo pequeño y a lo mínimo, al servicio del instante.

(120)

Yo no valoro menos a un oficial fiel a su deber que a un mártir indefenso; cada uno está en su puesto y vale tanto como fidelidad y sacrificio desarrolla. Cuando un oficial cumple con su deber, merece todo mi reconocimiento, cuando no lo hace, cuando cuida de que sus soldados

le saluden puntualmente, pero en caso de apuro piensa antes en sí mismo, entonces es que es un canalla. Y asumo: cuando un pacifista predica toda su vida la defensa pasiva y la no violencia, pero en caso de peligro pide a gritos cañones y bombas para su salvación, también él es un canalla.

(121)

Que estemos dispuestos a sacrificar nuestro bienestar, nuestra comodidad, nuestra vida por el pueblo cuando está en peligro no quiere decir que estemos dispuestos a sacrificar el espíritu mismo a los intereses del día, de los generales o del pueblo. Sacrificar el sentido de la



verdad, la sinceridad intelectual en aras de cualquier interés, incluso los de la patria, es traición. El sabio que miente conscientemente, que a sabiendas apoya mentiras y falsificaciones, no sólo actúa contra principios orgánicos, sino que, en contra de cualquier apariencia y lejos de hacer ningún bien a su pueblo, le causa perjuicios, envenena el pensamiento y presta ayuda a todo lo malvado y enemigo.

(122)

Nosotros los hombres de espíritu, en contra de todas las apisonadoras y normalizaciones, tenemos que practicar la diferenciación y no la generalización.

(123)

Callar ante una cosa que todos aplauden, reírse sin malicia de personas e instituciones, combatir el «menos» de amor en el mundo con un «más» de amor en lo pequeño y en lo privado, con redoblada lealtad en el trabajo, con más paciencia, con renuncia a venganzas fáciles en forma de burla y críticas: son diversos caminos que se pueden recorrer.

(124)

Busque usted con todas sus fuerzas una forma de vida que le cuadre, aunque para ello descuide usted todas las

«obligaciones». Las obligaciones deben una gran parte de su carácter sagrado, si no todo, a la falta de ánimo en la lucha por una vida privada.

(125)

Quien «no encaja en el mundo», está siempre cerca de encontrarse a sí mismo. Quien encaja en él, no se encontrará nunca, pero llegará a consejero nacional.

(126)

Usted no debería preguntan «¿Mi actitud y mi postura ante la vida son correctas?», pues no hay respuesta: cada actitud es tan buena como la otra, cada

una es un trozo de vida. Mejor sería que preguntara: «Puesto que soy como soy, puesto que tengo estas necesidades y problemas que aparentemente a otros no les afligen, ¿qué tengo que hacer para soportar a pesar de todo la vida y hacer en lo posible algo hermoso de ella?». Y si realmente escucha la voz interior, la respuesta será aproximadamente así: «Puesto que eres así, no deberías envidiar ni despreciar a otros por ser distintos, ni debes preguntar si tu naturaleza es o no “correcta”, sino aceptar tu alma y tus necesidades como aceptas tu cuerpo, tu nombre, tu origen, etc.: como algo dado, inevitable, a lo que hay que asentir y hay que defender,

aunque todo el mundo esté en contra».

(127)

Normalmente se sabe muy bien y se está convencido de que el señor funcionario es un ciudadano irreprochable, un justo hijo de Dios, un miembro de la humanidad perfectamente numerado y útil, mientras que el loco no es más que un pobrecillo, un infeliz enfermo, al que se soporta, se le compadece, pero se considera que no vale nada. Pero luego llegan días o quizás horas —por ejemplo, cuando se ha tratado más de lo normal con profesores o con locos— en los que, de pronto, la verdad es lo contrario: se ve en el loco a un ser

calladamente feliz, un sabio, un predilecto de Dios, lleno de carácter y conforme en su fe en sí mismo, mientras que el profesor o el funcionario le parecen a uno superfluos, de carácter mediocre, figuras sin personalidad, ni naturaleza, de las que hay doce en cada docena.

(128)

Cada ascenso en la escala de cargos no es un paso hacia la libertad, sino hacia una nueva atadura. Cuanto más grande el poder que le corresponde a un cargo, más duro el servicio. Cuanto mayor la personalidad, mas ilícita la arbitrariedad.

(129)

A la gente no le gustan los originales, prefiere todo de segunda mano. Lo nuevo sólo gusta cuando nos lo sirven ya digerido y transformado, reducido y decorado.

(130)

Sólo el individuo puede alcanzar lo imposible en la lucha contra los instintos naturales. Una comunidad, un pueblo, no pueden, porque exigen un tratamiento puramente práctico, con concesiones y acomodamientos.

(131)

Claro que hay personas a las que la vida les resulta más fácil y que realmente o en apariencia son más «felices»; los que no conocen problemas son los que no están profundamente individualizados.

(132)

Durante toda mi vida he sido defensor del individuo, de la personalidad, y no creo que haya leyes generales que sirvan para el individuo. Por el contrario, las recetas y las leyes no están ahí para él, sino para las multitudes, los rebaños, pueblos y colectividades. Las personalidades auténticas tienen un panorama más difícil, pero más



hermoso; no disfrutaban de la protección del rebaño, pero sí de las delicias de la propia fantasía, y cuando superan los años de la juventud tienen que afrontar una gran responsabilidad.

(133)

Los normales —así lo vi— estaban ahí para mantener, defender y afianzar la forma de vida constituida, la raza, la especie, a fin de que hubiera respaldo y reservas vitales. En cambio los fantásticos estaban ahí para dar sus saltos y soñar lo nunca soñado, a fin de que algún día pudiera resultar del pez un animal terrestre y del mono un hombre mono.

(134)

La vida «privada», la vida individual, amenazada en su existencia por la mecanización, por la guerra, por el Estado, por los ideales de la masa, eso era lo que yo quería defender. Mas tampoco ignoraba que muchas veces hace falta más ánimo para ser no heroico, para ser simplemente humano, que para ser un héroe.

(135)

Para mí el primer artículo de fe es la unidad por encima y más allá de las contraposiciones. Naturalmente no niego la posibilidad de establecer esquemas

tales como «activo» y «contemplativo», ni niego que puedan ser útiles para juzgar a las personas basándose en tales tipologías. Hay seres activos y hay seres contemplativos. Pero por encima está la unidad; y para mí sólo está realmente vivo y, en casos favorables, es ejemplar quien reúne ambos extremos. No tengo nada contra el trabajador y creador infatigable, ni contra el ermitaño que se contempla el ombligo, pero ninguno de los dos me puede parecer interesante, y menos aún ejemplar. La persona que busco y deseo es la que es capaz de vivir en comunidad y en soledad. Y es capaz de acción y de meditación. Y si en mis escritos, según parece, doy

preferencia a la vida contemplativa sobre la activa es, posiblemente, porque veo nuestro mundo y nuestro tiempo lleno de personas activas, aplicadas, concienzudas, pero incapaces de dedicarse a la contemplación.

(136)

Los aviones y los proyectiles son indudablemente cosas regocijantes y alegres, pero a la vista de la Historia Universal nos cuesta creer que gracias a ellos vayan a cambiar esencialmente los seres humanos y sus relaciones.

(137)

En la etapa de la inocencia se combaten

lo piadoso y lo razonable como niños de carácter dispar.

En la segunda etapa, habiéndose vuelto ya conscientes, se combaten los dos polos opuestos con la dureza, pasión y tragedia de las acciones de Estado.

En la tercera etapa empiezan a conocerse los combatientes. No ya en lo que tienen de extraño el uno para el otro, sino en su dependencia mutua. Empiezan a amarse, a sentir nostalgia el uno del otro. De aquí conduce el camino hacia posibilidades de la humanidad cuya realización no han vislumbrado todavía ojos humanos.

(138)

Cuando se teme a alguien es porque a ese alguien le hemos concedido poder sobre nosotros.

(139)

Cuanto menos puedo creer en nuestro tiempo, cuanto más pervertida y agostada me parece ver a la humanidad, tanto menos opongo a esta decadencia la revolución y tanta más fe tengo en la magia del amor.

(140)

Entre los hombres, por muy unidos que estén, siempre queda un abismo que sólo puede salvar el amor, y aun así sólo con

un puente de emergencia.

(141)

«La humanidad», es decir, la mayoría de los hombres, siempre ha estado en contra de los que quieren el bien pues la masa no es buena ni mala, sino ante todo indolente, y no hay nada que odie tanto como las llamadas a su conciencia. Los que llevan a cabo el desarrollo hacia algo más elevado, hacia la superación del egoísmo y la desidia son siempre individuos, nunca mayorías.

(142)

Aquél cuya personalidad no ha logrado desligarse de sus orígenes sino a fuerza

de penas y luchas no propende a entregar esa libertad y responsabilidad, conseguidas a tan alto precio, a cualquier esquema, programa, escuela, tendencia o cliché.

(143)



# Tareas del individuo

Sí, dígame sí a sí mismo, a su exclusivismo, a sus sentimientos, a su destino. No hay otro camino. Adónde conduce no lo sé, pero conduce a la vida, a la realidad, a lo ardiente y necesario. Podrá encontrarlo insoportable y quitarse la vida, todo el mundo es libre de hacerlo y sólo el pensarlo alivia a menudo, también a mí. Pero rehuir este camino deliberadamente, por traición al destino y sentido propios, por adhesión a los

«normales», eso no lo puede usted hacer. No le duraría mucho tiempo y le acarrearía una desesperación mayor aún que la actual.

(144)

Las más de las veces el miedo a la locura no es otra cosa que miedo a la vida, a las exigencias de nuestro desarrollo y de nuestros instintos. Entre la ingenua vida de los instintos y aquello que conscientemente quisiéramos y pretendemos ser hay un abismo, un abismo que no se puede salvar, pero por encima del cual sí se puede saltar una y otra vez, cien veces; cada vez hace falta ánimo, y antes del salto nos acomete

cierto miedo.

(145)

El destino sólo se puede superar por comprensión.

(146)

Hay quienes se consideran perfectos, pero es sólo porque exigen menos de sí mismos.

(147)

El hombre no es una configuración firme y duradera (tal fue el ideal de la Antigüedad, pese a las ideas contrarias de sus sabios), es más bien un experimento y una transición, no es otra

cosa que el puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu. Hacia el espíritu, hacia Dios, le empuja su más íntima determinación hacia la naturaleza, de vuelta hacia la madre, le arrastra su más íntimo anhelo: entre ambas fuerzas oscila llena de angustia su vida.

(148)

La dignidad del hombre se mantiene y cae debido a su capacidad de ponerse metas en lo inalcanzable; de igual modo, su tragedia radica en que tiene en contra suya el curso y las prácticas del mundo.

(149)

No debemos buscar, sino encontrar, no

debemos juzgar, sino observar y comprender, inspirar y elaborar lo inspirado. Tenemos que sentir nuestra propia esencia integrada y ordenada en el todo. Sólo entonces tendremos relaciones verdaderas con la naturaleza.

(150)

El caos tiene que ser reconocido y vivido antes de permitir que lo integren en un nuevo orden.

(151)

Una y otra vez se aferra uno a las cosas a las que ha tomado cariño y piensa que se trata de fidelidad, pero es sólo pereza.

(152)

La práctica debería ser producto de la reflexión, no al contrario.

(153)

Creo que no soy responsable del sentido o de la falta de sentido de la vida, pero sí soy responsable de lo que haga con mi propia y única vida.

(154)

A quien el destino le acomete desde fuera, lo mata, como mata la flecha al animal. A quien el destino le viene desde dentro, desde su ser más íntimo, a ése lo reconforta y lo convierte en dios.

(155)

Tu vida no se vuelve vana y tonta porque sepas que la lucha va a ser inútil. Mucho más vana es cuando luchas por algo bueno e ideal y crees que tendrías que conseguirlo.

(156)

La paz existe, no cabe duda, pero no una paz que viva continuamente en nosotros y que no nos abandone. La única paz que existe se conquista una y otra vez con luchas incesantes y hay que reconquistarla día a día.

(157)

La perversión y la desidia del espíritu corren parejas con las del cuerpo.

(158)

Afrontar los dolores corporales cuando duran mucho tiempo es seguramente una de las cosas más difíciles. Las naturalezas heroicas se rebelan contra el dolor, intentan negarlo y aprietan los dientes al modo de los estoicos romanos, pero por muy hermosa que sea esta actitud nos inclinamos a dudar de la autenticidad de la superación del dolor. Por mi parte, como mejor he afrontado los dolores fuertes ha sido no intentando oponerme a ellos, sino abandonándome



en sus brazos como se abandona uno a la embriaguez o a la aventura.

(159)

Todo intento de tomar en serio la cultura, el espíritu y sus exigencias y de vivir de acuerdo con ellos conduce inevitablemente a la desesperación. La salvación procede entonces del reconocimiento de que hemos objetivado demasiado las experiencias y circunstancias subjetivas. Estas experiencias de ser redimido no aseguran, claro está, contra nuevas desesperaciones. Pero fomentan la creencia de que cada una de estas puede ser superada desde nuestro interior.

(160)

La conciencia no tiene nada que ver con la moral ni con la ley, y puede entrar con ellas en los más terribles y mortales litigios, pero es inmensamente fuerte, es más fuerte que la pereza, que el egoísmo, que la vanidad.

(161)

Ningún tesoro es tan indiscutiblemente hermoso que la costumbre o la falta de cariño no puedan robarle el brillo de lo valioso; por eso me parece un arte encomiable entregarles también a las cosas cercanas y corrientes la dedicación y el cariño que concedemos

a las bellezas lejanas y apartadas.

(162)

Las opiniones sólo me interesan cuando conducen a acciones y sacrificios. Prefiero a un hombre que piensa lo contrario que yo, pero que me agrada e impone como persona, antes que a un correligionario que puede que sea un cobarde y un parlanchín.

(163)

La realidad es aquello con lo que bajo ninguna circunstancia se puede estar en paz, lo que bajo ninguna circunstancia se puede adorar, ni admirar, pues ella es la casualidad, el desperdicio de la vida.

No hay otro modo de transformarla que negarla, demostrando que somos más fuertes que ella.

(164)

A nosotros, para quienes el arte, la naturaleza o las ciencias han convertido en obligación el sentido de la cualidad y el servicio a ella, nunca nos podrá interesar servir a la cantidad, ni, sea a la manera occidental u oriental, fomentar el error de creer que los problemas humanos se solucionan como los matemáticos. Tenemos que servir a los valores en los que realmente creemos, aunque sólo lo podamos hacer en un ámbito pequeñísimo.

(165)

Para el valor y la elevación de mi yo no es decisivo que tenga constantemente en el campo visual de mi consciencia el círculo de cosas que me parece importante; lo único decisivo es que, entre el ámbito de la consciencia y del sub consciente, tengo unas relaciones buenas, fáciles y fluidas. No somos máquinas de pensar, sino organismos.

(166)

No tenemos que empezar por atrás, por las formas de gobierno y los métodos políticos, sino por delante, por la construcción de la personalidad, si

queremos volver a tener espíritus y hombres que nos garanticen un futuro.  
(167)

El hombre no es algo firme, hecho y acabado, nada único y unívoco, sino algo en proceso de llegar a ser, un experimento, una intuición y futuro, proyección y nostalgia de la naturaleza hacia nuevas formas y posibilidades.  
(168)

Virtud es: obediencia. La cuestión es sólo *a quién* se obedece. También el capricho es obediencia. Pero las demás virtudes, tan queridas y alabadas, son obedientes a leyes que han sido

promulgadas por los hombres. Sólo el capricho ignora esas leyes. El que es caprichoso obedece otra ley, la del «sentido» de lo «propio»<sup>[1]</sup>.

(169)

Lo que me repele existe para mí no menos que lo que amo. Pero lo que no conozco, ni quiero conocer, lo que me da igual, lo que no tiene ninguna relación conmigo, lo que no me atrae, eso no existe para mí y cuanto más ocurre esto, más hundido estoy.

(170)

La acción, nunca la ha realizado quien antes pregunta ¿qué debo hacer?

(171)

Todos los hombres están dispuestos a hacer lo increíble cuando ven amenazados sus ideales. Pero no hay nadie dispuesto cuando llama un nuevo ideal, una nueva, quizás peligrosa e inquietante, emoción del crecimiento.

(172)

Cuanto más elevada es la formación de una persona, cuanto mayores son los privilegios que disfrutó, mayores deben ser los sacrificios que haga en los momentos difíciles.

(173)



Reconocer causas: eso es precisamente pensar, y sólo así se transforman sentimientos en conocimientos, y ya no se pierden, sino que se vuelven esenciales y empiezan a irradiar.

(174)

¡No digas de ningún sentimiento que es pequeño, ni indigno! Cada uno es bueno, muy bueno; también el odio, la envidia, los celos y la crueldad. No vivimos de otra cosa que de nuestros pobres, hermosos y magníficos sentimientos, y cada uno de ellos contra el que cometemos una injusticia es una estrella que apagamos.

(175)

De todo lo que ansiaba el hombre le separaba únicamente el tiempo; el tiempo, esa genial invención. Era uno de los apoyos, una de las muletas de las que había que desprenderse si se quería ser libre.

(176)

Cuando alguien busca, puede ocurrir fácilmente que su espíritu sólo vea el objeto que busca —que no sea capaz de encontrar nada ni de admitir la entrada de ninguna cosa en sí mismo, porque sólo piensa en lo buscado, porque tiene un objetivo y está poseído de él—.

Buscar es tener un objetivo, pero hallar es ser libre, estar abierto, no tener una meta.

(177)

La paciencia es lo más difícil y lo único que merece la pena aprender. Toda naturaleza, todo crecimiento, toda paz, toda prosperidad y belleza en el mundo descansan en la paciencia, necesitan tiempo, necesitan silencio, necesitan confianza. Necesitan fe en los largos procesos que duran más de lo que dura una vida, que no son totalmente perceptibles por un individuo y en su totalidad sólo pueden ser experimentados por pueblos y siglos, no

por personas.

(178)

La vida exige a cada uno una labor distinta y única, y así, lejos de existir una incapacidad innata y predeterminada para la vida, el más débil y pobre, en su puesto, puede llevar una vida auténtica y digna y valer para los demás, aceptando simplemente ese lugar no elegido por él en la vida y sus obligaciones especiales y tratando de realizarlas. Esto es auténtica humanidad e irradia siempre algo noble y salvador, aunque el que tenga estas obligaciones sea a los ojos de todos un pobre diablo por quien uno no se cambiaría.

(179)

La evidencia o la opinión de que lo perfecto y la ciencia son obra inacabada no debe detener a nadie para seguir construyendo y conseguir así lo que sea posible.

(180)

Las mejores armas contra las infamias del mundo son: valentía, terquedad y paciencia. La valentía fortalece, la terquedad divierte y la paciencia proporciona tranquilidad.

(181)

La mayoría de las veces los períodos

malos y tontos me han resultado mejores que los buenos y aparentemente prósperos. Tengo que tener paciencia no razón. Tengo que hundir más las raíces, no andar por las ramas.

(182)

La vida no tiene sentido, es cruel, necia y a pesar de todo maravillosa —no se burla de los hombres (que para eso hace falta tener espíritu), pero tampoco se ocupa de ellos más que de los gusanos —. Que precisamente el hombre sea un capricho y un juego cruel de la naturaleza, es un error que imagina el hombre porque se considera muy importante. Tenemos que ver que a

nosotros, los hombres, la vida no nos resulta más difícil que a cualquier pájaro u hormiga, sino más fácil y más hermosa. Tenemos que aceptar la crueldad de la vida y la necesidad de la muerte, no con lamentos, sino saboreando esta desesperación. Sólo después de digerir toda la atrocidad o falta de sentido de la naturaleza podremos empezar a enfrentarnos a esta cruda falta de sentido y arrancarle un significado. Es lo máximo y lo único de que es capaz el hombre. Todo lo demás lo hacen mejor los animales.

Para la mayoría de los hombres la falta de sentido de la vida es una desgracia tan nula como para los gusanos. Pero

precisamente los pocos a los que les hace sufrir y empiezan a buscar el sentido son los que constituyen el sentido de la humanidad.

(183)

Los problemas no están ahí para ser resueltos, son únicamente los polos entre los que se engendra la tensión necesaria para la vida.

(184)

Todo hombre fuerte alcanza indefectiblemente aquello que el verdadero instinto le ordena buscar.

(185)



Sin el animal dentro de nosotros somos ángeles castrados.

(186)

A cada hombre, en la medida en que es una persona y tiene un rostro, le ha sido otorgado una especie de destino, y a menudo parece como si él mismo, intencionadamente, hiciera elección de ese destino, tanta es la seguridad con la que vive y ejecuta la parte asignada.

(187)

El hombre, tal y como Dios lo concibió y como la poesía y la sabiduría de los pueblos lo han entendido durante varios

miles de años, ha sido creado con la capacidad de alegrarse de cosas que incluso no le son útiles, con un órgano especial para captar la belleza. En la alegría del hombre por la belleza participan espíritu y sentidos a partes iguales, y mientras los hombres sean capaces, en medio de las desgracias y peligros de la vida, de alegrarse de estas cosas: de un juego de colores en la naturaleza o en un lienzo, de una llamada en las voces de las tormentas y los mares o de una música compuesta por hombres, mientras, bajo la superficie de los intereses y miserias, siga siendo visible o sensible el mundo como un todo, un mundo en el que hay desde el

giro de la cabeza de un garito jugando hasta las variaciones de una sonata, desde la mirada conmovedora de un perro a la tragedia de un poeta hay una conexión, una riqueza multiforme de relaciones, correspondencias, analogías y reflejos, cuyo lenguaje, en eterno flujo, depara a los oyentes alegría y sabiduría, diversión y emoción, mientras tanto, decimos, podrá el hombre dominar sus dudas y proporcionar sentido a su existencia; pues el «sentido» es precisamente esa unidad en lo diverso, o mejor, esa capacidad del espíritu de concebir el barullo del mundo como unidad y armonía.

(188)

El espíritu sólo es bueno y noble cuando obedece a la verdad; en cuanto la traiciona, en cuanto deja a un lado el respeto y se hace flexible y moldeable a gusto, se convierte en lo demoníaco en potencia, es peor que la bestialidad animal e instintiva, que al fin y al cabo siempre conserva algo de la inocencia de la naturaleza.

(189)

El mal del mundo nos tiene que encontrar indestructibles en lo más íntimo, pero no abotonados hasta arriba gracias a una filosofía perfecta.

(190)

No somos juguetes de un poder ciego, externo a nosotros, sino de la suma de dones, debilidades y otras herencias que aporta el hombre. La meta de una vida sensata es oír la llamada de esa voz interior y seguirla en lo posible. El camino sería, pues: reconocernos y no querer juzgarnos y cambiar nuestro modo de ser, sino ajustar la vida a ese patrón que llevamos grabado de antemano como intuición.

(191)

Se puede recuperar la inocencia en cualquier momento si reconocemos y sufrimos hasta el final el mal y la culpa que nos corresponde, en lugar de buscar

la culpa en el prójimo.

(192)

Estoy totalmente en contra de lo heroico y también estoy en contra —más bien diría que desconfío— del estoicismo; por eso he mantenido durante toda mi vida, salvo en raras excepciones, que el camino más corto a través del mundo de los dolores es el que pasa por en medio de ellos.

(193)

Siente con todo el sufrimiento del mundo, pero no dirijas tus fuerzas allí donde seas impotente, sino a tu prójimo, al que puedes ayudar, amar y alegrar.

(194)

Nuestra obligación es reconocer correctamente las contraposiciones, es decir, primero como tales contraposiciones y después como polos de una unidad.

(195)

No es nuestra obligación acercarnos unos a otros, como tampoco se acercan el sol y la luna o el mar y la tierra. Nuestro fin es reconocemos unos a otros y aprender a ver y a honrar en el otro lo que él es: contraposición y complemento de uno mismo.

(196)

Siempre ha ganado quien sabe amar, soportar y perdonar, no el que mejor lo sabe todo y todo lo enjuicia.

(197)

Matamos cuando cerramos los ojos ante la pobreza, la miseria y la infamia. Matamos cuando por comodidad contemplamos indiferentes muchas instituciones muertas en la sociedad, el Estado, la escuela, la religión, y las aprobamos hipócritamente, en lugar de volverles la espalda decididamente. De igual modo que para el socialismo consecuente la propiedad privada es un robo, para el creyente cabal de nuestra especie toda falta de reconocimiento de



lo que es vida, toda dureza toda indiferencia, todo desprecio no es otra cosa que matar. No sólo se puede matar lo presente, sino también lo futuro.

(198)

La actividad de mandar la tenemos en bien poco, pero en mucho la de servir. De entre todas las virtudes cultivamos especialmente el respeto, pero este respeto lo ofrecemos a personas.

(199)

No hay otro camino para el desarrollo y la realización que el de la manifestación más perfecta posible de la propia esencia. «Sé tú mismo» es la ley ideal,

al menos para la persona joven; no hay otro camino que conduzca a la verdad y al desarrollo.

Que este camino se ve entorpecido por diversos impedimentos morales y de otro tipo, que el mundo prefiere vernos acomodaticios y débiles antes que tercos, de todo ello resulta la lucha vital para cualquier persona más que medianamente individualizada. Ahí es donde tiene que decidir cada cual por sí mismo, de acuerdo con sus propias fuerzas y necesidades, en qué medida se va a someter u oponer al convencionalismo. Si desprecia los convencionalismos, las exigencias de la familia, el Estado y la comunidad, tiene

que hacerlo a sabiendas de que lo hace bajo su propio riesgo. No existen medidas objetivas sobre la cantidad de riesgo que somos capaces de aceptar. Cualquier exceso, cualquier transgresión de la propia medida hay que pagarla; ni quien va demasiado lejos en la terquedad ni quien va demasiado lejos en ser acomodaticio puede quedar impune.

(200)

Por muy hermosa que sea la acomodación al entorno y al espíritu de los tiempos, mayores y más duraderas son las alegrías de la rectitud.

(201)

El mundo no va a progresar con mayor rapidez porque convirtáis a poetas en demagogos y a filósofos en ministros. Progresará allí donde el hombre hace aquello para lo que está allí, lo que su modo de ser exige de él, lo que, por tanto, hará bien y a gusto.

(202)

Si hoy nos comportamos de un modo medianamente humano frente a las necesidades y exigencias actuales, el futuro también podrá ser humano.

(203)

El hombre que tiene carácter lo manifiesta de la manera más clara y

nítida cuando, apartado de su círculo habitual, se encuentra enfrentado a algo nueva.

(204)

El ansia profundísima de viajar no es distinta ni mejor que ese peligroso deseo de pensar impávidamente, de ponerse el mundo por montera y querer tener respuesta de todas las cosas, personas y sucesos. No se sacia con planes y libros; exige más y cuesta más; hay que poner en ello sangre y corazón.

(205)

# Formación, escuela, educación

La verdadera formación no es formación para un fin, sino que, como todo anhelo de perfección, tiene sentido por sí misma. Así como el deseo de fuerza física, destreza y belleza no tiene ninguna finalidad, cual podría ser la de hacernos ricos, famosos o poderosos, sino que lleva en sí la propia recompensa, la recompensa de avivar el sentimiento vital y la confianza en

nosotros mismos, de hacernos más felices y alegres y de darnos una mayor sensación de seguridad y salud, tampoco el ansia de «formación», es decir, de perfeccionamiento espiritual e intelectual, es un camino trabajoso hacia fines bien delimitados, sino una ampliación benefactora y vigorizante de nuestra conciencia, un enriquecimiento de nuestras posibilidades de vida y felicidad. Por eso la verdadera formación, al igual que la formación física, es satisfacción y estímulo a un tiempo, está siempre en la meta sin hacer jamás un alto; es estar de camino en lo infinito, resonar en el universo, convivir en lo atemporal. Su fin no es

potenciar tal o cual capacidad, sino que nos ayuda a darle un sentido a la vida, a interpretar el pasado, a estar abiertos al futuro.

(206)

Nunca he esperado mucho de la educación; quiero decir que siempre he dudado de que al hombre se le pueda modificar o mejorar de algún modo por medio de la educación. En cambio, siempre tuve cierta confianza en el suave poder de persuasión de la belleza, del arte, de la poesía; a mí mismo, esa mi juventud, me formó más y me despertó con mayor fuerza la curiosidad hacia el mundo espiritual ese poder que



todos los «métodos de educación»  
oficiales o privados.

(207)

Ninguna persona puede ver y  
comprender en otros lo que ella misma  
no ha vivido.

(208)

La verdad se vive, no se enseña.

(209)

Un maestro prefiere tener en clase diez  
auténticos burros que un genio, y, bien  
mirado, tiene razón, pues su tarea no es  
la de formar espíritus extravagantes,  
sino buenos latinistas, matemáticos y

burgueses. Pero quién de los dos sufre peores males a manos del otro, si el maestro o el muchacho: cuál de los dos es más tirano, más importuno, y cuál de los dos es el que le corrompe y profana al otro parte del alma y de la vida, es cosa que no cabe examinar sin llenarse de amargura.

(210)

La escuela es el único problema cultural moderno que tomo en serio y que ocasionalmente me excita. En mí la escuela ha destrozado muchas cosas, y conozco pocas personas de cierta importancia a las que no les ocurriera lo mismo. Aprender, sólo aprendí allí latín

y mentiras.

(211)

Los maestros exigían de nosotros virtudes que ellos mismos no tenían, y la Historia Universal que nos ponían delante era seguramente también una patraña de los adultos para achicarnos y empequeñecernos.

(212)

En aquella entretenida asignatura que llamaban Historia Universal los maestros nos enseñaban que el mundo había estado siempre regido, dirigido y transformado por hombres que promulgaron su propia ley y que

rompieron con las normas tradicionales, y se nos decía que esos hombres eran dignos de veneración. Lo cual era una mentira tan grande como el resto de la clase, pues si uno de nosotros, va fuera con buena o con mala intención, mostraba carácter y protestaba contra cualquier disposición, o incluso sólo contra cualquier costumbre o moda trivial, ni era reverenciado ni nos lo ponían de ejemplo, sino que se le castigaba, se le escarnecía y se le aplastaba bajo la cobarde superioridad del maestro.

(213)

Ocurría con el poeta igual que con el

héroe e igual que con todas las figuras y empresas fuertes, hermosas, de espíritu elevado y no vulgares: en el pasado fueron estupendas; todos los libros de texto estaban llenos de alabanzas hacia ellas; mientras que en el presente y en la realidad se las odiaba; y es que, al parecer, los maestros estaban formados y contratados para evitar en lo posible el crecimiento de hombres famosos y libres y el acontecimiento de hechos grandes y magníficos.

(214)

El hombre, tal y como lo crea la naturaleza, es imprevisible, opaco, hostil. Es un torrente que desciende de

un monte desconocido y una selva virgen sin camino ni orden. Y así como hay que talar, limpiar y contener por la fuerza una selva, así tiene la escuela que quebrar, vencer y contener por la fuerza al hombre en estado natural: su obligación es convertirlo en un miembro útil a la sociedad según principios aprobados por la superioridad y despertar en él las cualidades que luego, más adelante, tendrán como culminación la cuidadosa disciplina de cuartel.

(215)

Jesús tenía doce años cuando avergonzó a los sabios en el templo. Todos nosotros hemos avergonzado a nuestros

sabios y maestros a los doce años; hemos sido más listos que ellos, más geniales, más valientes.

(216)

Además hay tantas cosas que sólo se consideran de mala educación porque les molestan a los padres, cuando el niño en realidad hace con su mejor intención lo que le resulta natural y lo que le parece carente de toda malicia.

(217)

Las únicas ideas que tienen valor son las que vivimos. Tú sabías que «tu mundo permitido» era sólo la mitad del mundo y has intentado ocultarte la existencia de

la otra mitad, como hacen los párrocos y los maestras.

(218)

Un puñetazo en el rostro de la piedad es uno de los actos sin los que no se desprende nadie del regazo de la madre.

(219)

Cuando éramos niños habían derrochado no poco esfuerzo en «doblegarnos la voluntad», como decía la pedagogía piadosa por aquel entonces, y, de hecho, consiguieron doblegar y destrozar un montón de cosas en nosotros, pero precisamente la voluntad, no; precisamente lo único, lo innato en



nosotros, no; aquella chispa que nos convirtió en *outsiders*<sup>[2]</sup> y seres raros.  
(220)

En cierta ocasión, cuando yo tenía quince años nos dejó desconcertados uno de nuestros maestros con la afirmación de que el suicidio es la mayor cobardía moral que puede cometer el hombre. Hasta entonces me había inclinado a pensar que aquello requería cierto ánimo, cierto despecho y dolor, y había sentido por los suicidas cierta admiración mezclada de horror. Por eso la frase de maestro, con pretensiones de axioma, fue para mí, en el primer momento, como una sorpresa;

me quede atontado y sin respuesta ante esta frase que parecía tener consigo la lógica y toda la moral enteras. Sin embargo, no me duró mucho el desconcierto; pronto volví a creer en mis propias ideas y sentimientos, y los suicidas me han resultado toda mi vida simpáticos, dignos de admiración y, en cierto modo, aunque de una manera algo tétrica, estupendos ejemplos de un sufrimiento humano que la fantasía de aquel maestro no podía seguir y de un valor y tenacidad que yo sólo podía amar. De hecho, los suicidas que he conocido eran personas problemáticas, sin duda, pero valiosas y superiores al promedio. Y el que además del coraje

de dispararse un tiro en la cabeza  
tuvieran también el valor y la porfía de  
perder las simpatías y el aprecio de los  
maestros y de la moral sólo pudo  
aumentar mis simpatías.

(221)

La persona instruida conoce y tiene  
principios. Da valor a un montón de  
cosas que en el fondo le atrae poco y  
renuncia a otras que le atraerían si su  
formación no le hubiera creado  
inhibiciones.

(222)

Opino que en mi generación se han  
echado a perder muchas más vidas

humanas por un exceso de encarrilamiento e inhibición de la vida instintiva que por la causa contraria. Por eso, en algunos de mis libros me he erigido en defensor y auxiliador de esa vida reprimida de los instintos, pero nunca sin dejar de lado el respeto a las grandes exigencias que imponen los sabios y las religiones. Nuestra meta no es llevar una vida de libertinaje a costa de la bondad, el amor y la humanidad, sino que tenemos que buscar nuestro camino entre ambas exigencias, las de la naturaleza y las del espíritu, pero no un camino inflexible sino cada cual el suyo, elástico, en el que alternen libertad y ligadura, como alternan la aspiración y

la espiración.

(223)

El razonable racionaliza el mundo y lo violenta. Propende continuamente a una seriedad feroz. Es educador.

(224)

El saber no tiene peor enemigo que el querer saber, que el aprender.

(225)

Según mí experiencia, sólo se dejan llamar y agudizar aquellas conciencias que de todos modos ya están alerta.

(226)

Hay lectores que se pasan la vida con

una docena de libros y, no obstante, son auténticos lectores. Y hay otros que te han tragado todo y saben hablar de todo y sin embargo, todo el esfuerzo ha sido inútil. Pues la formación precisa algo que formar: un carácter, una personalidad. Cuando no existe, cuando la formación se realiza sin sustancia, en cierto modo en el vacío, puede resultar ciencia, pero no amor y vida. Lectura sin amor, saber sin respeto, formación sin corazón es uno de los mayores pecados contra el espíritu.

(227)

La persona instruida está precisamente más insana, pero no más cuerda que el

pueblo.

(228)

Vayas a ser maestro, o erudito, o músico, ten siempre respeto al «sentido», pero no lo consideres susceptible de ser enseñado. Con ese ansia de enseñar el «sentido» han corrompido los filósofos de la Historia la mitad de la Historia Universal.

(229)

Los juicios sólo son valiosos cuando afirman. Todo juicio negativo y reprobatorio, aunque sea correcto como observación, es falso desde el momento en que se manifiesta. La tercera parte de

lo que los hombres hablan sobre los demás son ese tipo de «juicios». Cuando digo que una persona me repele es una afirmación sincera. Quien la escuche es muy libre de achacar la culpa de esa repulsión a mí o al otro. Pero si de alguien digo que es vanidoso o avaro, o que bebe, cometo una injusticia. De este modo se podría «acabar» rápidamente con cualquier persona por medio de juicios. Para esta clase de juicios Jean Paul fue un bebedor de cerveza; Feuerbach, una chaqueta de terciopelo, y Hölderlin, un loco. ¿Queda dicho así algo sobre ellos? De igual modo podría uno decir: la tierra es un planeta en el que hay pulgas. Ese tipo de «verdades»



son la quintaesencia de toda falsificación y mentira. Sólo somos sinceros cuando afirmamos y reconocemos. La constatación de «faltas», por fina y espiritual que suene, no es juicio, sino chismorreo.

(230)

Toda espiritualidad y toda cultura tiene dos misiones: dar seguridad e impulso a los numerosos, consolarlos, someter sus vidas a un sentido; y luego, la segunda, más misteriosa y no menos importante: permitir que los escasos, los grandes espíritus del mañana, se desarrollen, prestarles protección y cuidado en sus comienzos, darles aire para respirar.

(231)

# Religión e Iglesia

Cualquier religión es aproximadamente tan buena como las demás. No hay ninguna en la que no se pueda llegar a ser un sabio, ni ninguna que no pueda ser practicada como la idolatría más tonta. Pero en las religiones se ha acumulado casi todo el saber real de la humanidad, sobre todo en las mitologías. Toda mitología es «errónea» cuando la contemplamos desde otro punto de vista que no sea el de la piedad; pero cada una de ellas es una llave para el corazón

del mundo. Cada una sabe de los caminos que sirven para hacer de la idolatría al yo un servicio religioso.

(232)

El ideal humanista no me merece más respeto que el religioso, y entre las religiones no daría a ninguna la preferencia. Por eso no podría pertenecer a una iglesia, porque falta en ellas la libertad y altura de espíritu, porque cada una se tiene por la mejor y la única, y al que no pertenece a ella le considera descarriado.

El camino a las iglesias es fácil de encontrar, las puertas están abiertas de par en par, y tampoco falta propaganda.

(233)

La sabiduría de todos los pueblos es una y la misma; no hay dos o una; sólo hay una. Lo único que tengo que reprochar a las religiones y a las iglesias es su inclinación a la intolerancia: ni un cristiano ni un mahometano reconocerá con gusto que su creencia es buena y santa, pero no privilegiada, ni patentada, sino hermana de todas las otras formas de fe en las que intenta hacerse visible la verdad.

(234)

Somos perecederos, somos seres en devenir, somos posibilidades; para

nosotros no hay perfección ni un ser cabal. Pero allí donde pasamos de la potencia al acto, de la posibilidad a la realización, tomamos parte en el verdadero ser, nos asemejamos un grado más a lo perfecto y divino. Esto es realizarse.

(235)

Desde el momento en que el hombre intenta realizarse utilizando como medio los dones que le ha dado la naturaleza, hace lo máximo y lo único sensato que puede hacer.

(236)

No debes añorar una doctrina perfecta,

sino la perfección de ti mismo. La divinidad está en ti, no en conceptos y en libros.

(237)

No hay una vida noble y elevada sin el conocimiento de que existen los diablos y los demonios ni sin la lucha constante contra ellos.

(238)

Toda religión con matices reformistas educa en dirección al culto de los sentimientos de inferioridad, y algo de eso se nota también en el budismo.

(239)

Ser piadoso no es otra cosa que confiar.  
Confianza tiene el hombre sencillo,  
sano, inofensivo: el niño, el salvaje.

(240)

Quien se dice no a sí mismo no puede  
decir sí a Dios.

(241)

El camino hacia la inocencia, hacia lo  
no creado, hacia Dios, no lleva hacia  
atrás, sino hacia adelante; no retorna al  
lobo o al niño, sino que penetra cada  
vez más en la culpa, se adentra cada vez  
más hondo en el proceso de llegar a ser  
hombre.



(242)

Fe y duda se corresponden mutuamente, se pertenecen de modo complementario. Donde nunca se duda tampoco se cree cabalmente.

(243)

El piadoso se enamora fácilmente de mitologías.

(244)

Pienso que lo más importante no es cuál sea el credo de una persona, sino que tenga un credo.

(245)

Cabría comparar con Jesús a cualquier

hombre que, rozado por una de las verdades mágicas, deja de separar pensamiento y vida, quedando así solo en medio de lo que le rodea y convirtiéndose en enemigo de todos.

(246)

Para el pensamiento político de la gente progresista el nacionalismo algo pretérito pertenece al pasado; en cuanto a las religiones, impera todavía en todas partes la creencia infantil en la validez única de la propia religión.

(247)

Creo que la vida, pese a su evidente sinsentido, tiene, sin embargo, un

sentido; me resigno a no poder captar con la razón este sentido último, pero estoy dispuesto a ponerme a su servicio, aunque tenga que sacrificarme a mí mismo.

Esta fe no se puede exigir, ni cabe someterse voluntariamente a ella. Sólo se puede vivir. Quien no puede busca su fe en la Iglesia, o en la ciencia, o entre los patriotas o los socialistas, o en cualquier otra parte donde haya morales, programas y recetas acabadas.

(248)

Exigimos que la vida tenga sentido, pero tiene exactamente el sentido que nosotros somos capaces de darle. Como

el individuo no es capaz de hacerlo sino de modo imperfecto, se ha intentado encontrar una respuesta consoladora en las religiones y en las filosofías.

Todas las respuestas conducen a lo mismo: la vida adquiere su sentido solo a través del amor. Es decir cuánto más capaces somos de amar y de entregarnos, tanto más sentido adquiere nuestra vida.

(249)

En lo que toca a pesimismo u optimismo, o en general a las concepciones filosóficas del mundo, apenas es posible que un individuo, y menos aún un artista, pueda

comprometerse con una de ellas. Yo por lo menos no puedo, ni tengo nunca la necesidad de llevar razón yo me alegro de la diversidad, incluso en el terreno de las opiniones y de las religiones. Esto me impide ser un buen cristiano, pues no creo ni que Dios tuviese un único hijo ni que la fe en Él sea el único camino hacia Dios o hacia la santidad. La piedad siempre me resulta simpática, y, en cambio, no me gustan las teologías autoritarias, con sus pretensiones de validez universal.

(250)

Si la humanidad fuera un individuo cabría salvarla a través del cristianismo

«puro», y cabría también someter al animal y al demonio. Pero no es así. Las religiones «puras» son para una pequeña capa de individuos elevados, mientras que las gentes necesitan de las magias y mitologías. No creo en un proceso de desarrollo de abajo arriba. Una y otra vez surgen de la turbia masa de la humanidad los seres puros y salvadores, que no son venerados por las multitudes sino después de crucificarlos y convertirlos en dioses.

(251)

Pienso que la élite y la mejor fuerza vital del islamismo reside en aquéllos para quienes lo formulado amenaza con

volverse insípido; que, no obstante, esas «nuevas» ordenaciones tan ansiadas no son más que las antiguas, y que las viejas formulaciones recobran su vivo hechizo en la medida en que el buscador está dispuesto a aceptar la fórmula como símbolo.

(252)

Si las iglesias y sacerdotes de Cristo fueran como él mismo, sobrarían los poetas.

(253)

He elegido el camino del egoísta o religioso, y considero que nuestras obligaciones hacia el exterior son de

importancia secundaria al lado de las obligaciones que tenemos para con nuestra propia alma. He renovado en mí el sentimiento de que mi alma representa, en pequeño, una parte del desarrollo de la Humanidad y que, en el fondo, cada pequeña convulsión en nuestro interior es tan importante como la guerra y la paz en el mundo de afuera.  
(254)

Cada hombre es no sólo él mismo; es también el punto único, especialísimo y, en todo caso, importante y notable en el que se cruzan los fenómenos del mundo sólo una vez así, y nunca más. Por eso es importante, eterna y divina, cada una de



las historias humanas; por eso cada hombre, mientras vive y realiza la voluntad de la naturaleza, es admirable y digno de toda atención. En cada uno ha tomado forma el espíritu; en cada uno sufre la criatura: en cada uno es crucificado un redentor.

(255)

¡Trazamos siempre los límites de nuestra personalidad con un margen tan estrecho! Contabilizamos a favor de nuestra persona únicamente aquello que distinguimos como individual y reconocemos como excepcional. Pero estamos constituidos por la constitución entera del mundo, y así como nuestro

cuerpo lleva en sí las tablas genealógicas de la evolución desde el pez y aun antes, también nuestra alma contiene todo lo que haya podido vivir alguna vez en almas humanas. Todos los dioses y demonios que alguna vez han sido, todos están en nosotros; están ahí como posibilidades, como deseos, como recursos. Si la Humanidad entera desapareciese, a excepción de una única criatura, medianamente dotada que no hubiera disfrutado de ningún tipo de educación, esa criatura volvería a encontrar el proceso de las cosas, dioses, demonios, paraísos, mandamientos y prohibiciones, Antiguo y Nuevo Testamento; podría volver a

reproducirlo todo.

(256)

Considero que la piedad es la mejor virtud que podemos poseer, de superior valor a todos los talentos, y entiendo por piedad no el cultivo de sentimientos solemnes en una única alma, sino ante el respeto del individuo, ante la totalidad del mundo, ante la naturaleza, ante el prójimo, el sentimiento de estar comprometido y de ser responsable.

(257)

Mi vida entera está bajo el signo de un intento de compromiso y entrega, de religión. Ilusiones de poder hallar para

mí, y menos aún para otros, algo así como una nueva religión, una nueva formulación y posibilidad de compromiso, no me hago; pero en una cosa me mantengo firme: en permanecer en mi puesto y, aunque tenga que desesperar de mi época y de mi mismo, no tirar por la borda el respeto a la vida y a la posibilidad de que tenga un sentido, por muy sólo que me quede y por ridículo que resulte. No lo hago con la esperanza de que vaya a resultar algo mejor para el mundo o para mí; lo hago sencillamente porque no me gusta vivir sin un cierto respeto, sin entrega a un dios.

(258)

Todo buen protestante se vuelve contra su propia Iglesia, igual que contra cualquier otra, porque su esencia le induce a afirmar más el devenir que el ser.

(259)

Le «mala conciencia» es, tanto desde el punto de vista cristiano como desde el punto de vista psicológico, el signo de que existe una conciencia viva, sana, aunque inquieta.

(260)

Nuestra conciencia es un alto tribunal, pero dudo de que sea siempre la voz de Dios; y ciertamente es una suerte que se

halle enfrentada al otro tribunal, al puro  
instinto vital.

(261)

El arrepentimiento por sí solo no sirve  
para nada; la gracia no se puede  
comprar con arrepentimiento; en  
realidad, no se puede comprar de ningún  
modo.

(262)

Las religiones y los mitos son, al igual  
que la poesía, un intento de la  
Humanidad de expresar, por medio de  
imágenes, precisamente esa  
indecibilidad que vosotros tratáis  
inútilmente de traducir a llanas

expresiones racionales.

(263)

En tiempos de psicosis apocalíptica surgen siempre nuevos y extraños dioses que más bien parecen demonios; lo hasta entonces razonable tornase absurdo; lo hasta entonces descabellado vuélvase positivo, esperanzador; aparentemente se borra toda frontera, toda valoración resulta imposible y surge entonces ese demiurgo que no es ni bueno ni malo, ni dios ni demonio, sino sólo creador, sólo destructor, sólo ciega fuerza primitiva. Ese instante de aparente hundimiento es el mismo que en el hombre desemboca en la vivencia estremecedora, en el

milagro, en la conversión. Es la hora de las paradojas vividas, el momento centelleante en que los polos opuestos se tocan, las fronteras se derrumban, las normas se desvanecen. En ocasiones llegan a hundirse morales y órdenes enteros, pero el proceso en sí es lo más vivo que cabe imaginar.

(264)

Los mitos de la biblia, como todos los mitos de la humanidad, carecen de valor hasta que nos atrevemos a interpretarlos personalmente, para nosotros y para nuestra época. Mas entonces pueden llegar a sernos muy importantes.

(265)



Nada se adelanta con tachar de inferiores a la guerra, la técnica, la ambición de dinero, el nacionalismo, etc. Hay que poder colocar un credo en el lugar que ocupan los ídolos de estos tiempos.

(266)

Libertad de convencionalismos no es sinónimo de libertad interior. Para hombres de alma noble la vida en un mundo sin un credo claramente formulado no es más fácil, sino mucho más difícil, porque en realidad tienen que ser ellas mismas las que creen y elijan todos los vínculos a los que someter su vida.

(267)

Me abstengo de confundir en su fe a los miembros de una Iglesia o comunidad religiosa. Para la mayoría de los hombres es muy bueno que pertenezcan a una Iglesia o a un credo. Quien se desliga de ello se encuentra enfrentado por de pronto a una soledad desde la que alguno pronto vuelve a añorar el regreso a su antigua comunidad. Hasta el final de su camino no descubrirá que ha entrado en una nueva comunidad, grande, pero invisible, que abarca todos los pueblos y religiones. Empobrece en todo lo que toca a dogmas y nacionalismos y enriquece porque gana

la hermandad con espíritus de todos los tiempos y de todas las naciones y lenguas.

(268)

Todo conocimiento vivo (es decir, que actúa de modo inmediato en la vida) tiene un Único Objeto. Es reconocido por miles de hombres y expresado de mil formas distintas, pero es siempre una Única Verdad. Es el conocimiento de lo vivo en nosotros, de la magia secreta, de la divinidad secreta que cada uno de nosotros lleva consigo: el conocimiento de la posibilidad de superar todas las parejas de opuestos a partir de ese punto íntimo. El hindú lo

llama Atman: el chino Tao; el cristiano, Gracia.

(269)

La Gracia o Tao nos rodea constantemente. Ella es la luz y es Dios mismo. En el instante en que nos abrimos penetra en nosotros, en cada niño, en cada sabio.

(270)

El piadoso convierte el mundo en mitología, y a menudo no lo toma suficientemente en serio. Propende un tanto siempre al juego. No educa a los niños, sino que los considera bienaventurados.

La Navidad es un compendio, un depósito venenoso de todos los sentimentalismos y engaños burgueses; pretexto para desaforadas orgías de la industria y del comercio; gran artículo de lujo de los grandes almacenes; huele a latón barnizado; a hojas de abeto y gramófono; a recadistas y carteros agotados, que maldicen por lo bajo; a embarazosa solemnidad en salones burgueses, bajo el árbol engalanado; a suplementos en los diarios y actividad publicitaria; a mil cosas, en fin, que me resultan profundamente odiosas y contrarias y que me parecerían mucho

más indiferentes y ridículas si no abusaran tan horriblemente del nombre del Salvador y del recuerdo de nuestros años más tiernos.

(272)

Dios: el espíritu acorde consigo mismo, por encima de todas las imágenes y diversidades.

(273)

# El saber y la conciencia

No hay metas definitivas para el conocimiento; el progreso del conocimiento no es más que una diferenciación de los planteamientos.

(274)

A la mera razón el mundo siempre se le antoja de dos dimensiones.

(275)

Saber es acción. Saber es vivencia. No perdura. Su duración es el instante.

(276)

Para los recuerdos, las impresiones sensoriales son un sustento más profundo que los mejores sistemas y métodos del pensamiento.

(277)

Quien hace del pensar lo esencial puede llegar lejos por ese camino, pero ha confundido el suelo con el agua, y algún día se ahogará.

(278)

Cuanto más rigurosa e inexorablemente exigimos una tesis, tanto más irresistiblemente clama ésta por la



antítesis.

(279)

Éste sería el verdadero contenido de la historia de mi vida: sustituir la torpe invisibilidad bajo la capa mágica por la invisibilidad del sabio, que, conociendo, permanece constantemente desconocido.

(280)

El hombre al que contemplo con temor, con esperanza, con codicia, con intenciones y exigencias, no es hombre, sino un espejo turbio de mi voluntad. Le miro, consciente o inconsciente, con un sinfín de preguntas agobiantes y

capciosas: ¿Es accesible o es orgulloso?  
¿Me aprecia? ¿Se le puede sablear?  
¿Entiende algo de arte? A la mayoría de  
las personas que tratamos las vemos a  
través de miles de preguntas de esta  
especie, y pasamos por conocedores del  
hombre y psicólogos cuando en su  
aspecto, apariencia y comportamiento  
logramos interpretar aquello que sirve o  
repugna a nuestras intenciones. Pero esta  
actitud es pobre, y en este tipo de  
conocimiento del alma supera el  
labrador, el mercachifle o cualquier  
abogaducho a la mayoría de los  
políticos y sabios.

(281)

Toda vivencia es ocultismo, mientras que toda constatación sin valor vivencial es científica.

(282)

Claridad y verdad son palabras que a menudo oímos nombrar juntas como si significaran lo mismo. ¡Y, sin embargo, nombran cosas tan distintas! ¡Raras, muy raras veces es clara la verdad, y más raro aún es que la claridad sea verdad! La verdad es casi siempre complicada, oscura y equívoca; cada palabra, y especialmente la palabra «clara», la violenta. La «claridad» es siempre violencia; es un intento violento de

simplificar lo multiforme, de hacer que lo natural parezca inteligible; más aún, razonable. La claridad es la virtud de las sentencias. Las sentencias son bellas, valiosas; son pedagógicas, ingeniosas, instructivas, pero verdad no son nunca. Pues de cada sentencia también su contrario es verdadero.

(283)

El razonable se enamora fácilmente de sistemas. Siempre tiende a desconfiar de sus instintos.

(284)

El razonable siempre se siente inseguro ante la naturaleza y ante el arte. Tan

pronto los mira con gesto despreciativo como los supervalora de un modo supersticioso. Él es quien paga millones por obras de arte antiguas o instala reservas de pájaros, animales de rapiña o indios.

(285)

El razonable cree poseer en sí mismo el «sentido» del mundo y de su vida. La apariencia de orden y de sometimiento a una finalidad que tiene la vida ordenada de un modo razonable la transfiere al mundo y a la Historia. Por eso cree en el progreso. Ve que hoy día el hombre puede disparar y viajar con mayor rapidez que antes, y no quiere ni puede

ver que este progreso contrasta con miles de retrocesos. Cree que el hombre de hoy está más evolucionado y es superior a Confucio, Sócrates o Jesús, porque el hombre de hoy ha perfeccionado ciertas capacidades técnicas.

(286)

Qué bien y mal, belleza y fealdad y todas las parejas de opuestos se pueden resolver en una unidad es una verdad esotérica, secreta, sólo accesible a los consagrados (y también a ellos se les vuelve a escapar a menudo), pero no esotérica, no comprensible y saludable para todos. Es la sabiduría de Lao Tse

cuando desprecia las virtudes y las buenas obras. Pero también Lao Tse se hubiera cuidado mucho de ofrecer esta sabiduría al pueblo.

(287)

El tiempo pasa y la sabiduría permanece. Cambia de formas y de ritos, pero en todos los tiempos reposa sobre el mismo fundamento: la incorporación del hombre a la naturaleza, al ritmo cósmico. Podrán llegar tiempos inquietos que reclamen una y otra vez la emancipación del hombre de ese orden, pero esa seudoliberación siempre conduce a la esclavitud, igual que el hombre actual, muy emancipado, es

esclavo abúlico del dinero y de la máquina.

(288)

Nada era, nada será; todo es, todo tiene esencia y presente.

(289)

El saber se puede comunicar, en cambio, la sabiduría, no. Cabe hallarla, cabe vivirla, cabe estar lleno de ella; pero decirla y enseñarla no se puede. Una verdad sólo permite que la pronuncien y la envuelvan en palabras cuando es unilateral. Unilateral es todo lo que puede ser pensado con pensamientos y expresado con palabras. Carece de



totalidad, de redondez, de unidad. En cambio, el mundo, lo presente a nuestro interior, nunca es unilateral.

(290)

Las cosas que vemos son las mismas que están en nosotros. No hay más realidad que la que tenemos en nosotros. Por eso la mayoría de los hombres viven de manera tan irreal, porque consideran las imágenes externas como si fueran la realidad y, en cambio, no dejan que se manifieste su propio mundo interior. Se puede ser feliz así, pero cuando se conoce la otra posibilidad no cabe ya la elección de seguir el sendero de la mayoría.

Toda ciencia es, entre otras cosas, un ordenar, un simplificar, un hacer digerible lo que el espíritu no puede digerir. Creemos haber descubierto ciertas leyes en la Historia e intentamos tenerlas en cuenta al buscar la verdad histórica.

Ahora bien: admito que el estudioso de la Historia arrastre consigo la creencia infantil, conmovedora al máximo, en el poder ordenador de nuestro espíritu; pero además, y pese a ello, debe tener respeto a la incomprensible verdad, realidad y unicidad del acaecer. Dedicarse a la Historia supone, por

tanto, el conocimiento previo de que se intenta realizar algo imposible y, no obstante, necesario e importante. Dedicarse a la Historia es: abandonarse en manos del caos y conservar, sin embargo, la fe en el orden y en el sentido.

(292)

Una verdad de veras, auténtica, debe soportar el que se la invierta. Lo contrario de lo verdadero también tiene que poder ser cierto. Pues toda verdad es una fórmula abreviada para mirar el mundo desde un polo determinado, y no hay polo sin su opuesto.

(293)

No me opongo a la fundamentación y a la interpretación, sino sólo a que el comportamiento racional ahogue y oprima al comportamiento ingenuo.

(294)

No son las palabras lo que importa. Cualquier palabra puede significar igual de bien su contrario. Cuando hablan los profesores esto no se nota nunca; sus palabras son siempre tan tranquilizadoramente unívocas, dan siempre la impresión engañosa de que hay un saber firme que puede comunicarse con palabras.

(295)

Los conocimientos intelectuales son papel.  
(296)

Confianza sólo tiene quien habla de lo experimentado.  
(297)

Las sentencias fueron todas verdades y conocimientos esenciales en la mente del primero que las pensó, pero en boca del primer mono de repetición y perezoso mental que las cita se convierten ya en tonterías y equívocos.  
(298)

La sabiduría no es comunicable. La

sabiduría que un sabio intenta comunicar  
suena siempre a locura.

(299)

Después del ansia de experiencia el  
hombre quizás no tenga otra ansia más  
fuerte que la de olvidar.

(300)

Lo esencial para nosotros lo vivimos,  
independientemente de todo lo externo,  
sólo en nuestro interior. Cómo las  
irradiaciones interiores se proyecten  
hacia afuera, qué tipo de mitos, peligros,  
deleites, dioses y diablos nos  
inventemos, carece objetivamente de  
importancia.

(301)

La cosa más sencilla se vuelve inmediatamente complicada e incomprensible al hablar de ella.

(302)

Entre la naturaleza y el espíritu no existe ninguna armonía, y el mundo no constituye una unidad para el individuo situado frente a él; el intento de buscar esa armonía y esa unidad exigidas, pese a todo, por cierto anhelo íntimo del hombre es irremisiblemente trágico, tan pronto como inicia esta empresa un hombre de verdadera talla y potencia.

(303)

Así como el genio piadoso y el razonable se conocen perfectamente el uno al otro, se aman y se atraen mutuamente, así también la máxima experiencia espiritual de que somos capaces los hombres es siempre una reconciliación de la razón y el respeto, un reconocer como iguales las parejas opuestas.

(304)

No tengo ningún arma defensiva contra las inteligencias agudas ni contra la técnica intelectual superejercitada, y menos aún poseo armas para la réplica y el ataque. Pero tengo cierta intuición para saber si detrás de las palabras y



escritos de un hombre hay alguna convicción. Con esta ingenua varita consigo superar mis encuentros con las filosofías de nuestro tiempo.

(305)

A todo hay que concederle atención, pues todo se puede interpretar.

(306)

# Lectura y libros

Quien se ha familiarizado un poco con el mundo inmortal de los libros entra muy pronto en una nueva relación no sólo con el contenido de los libros, sino con el libro mismo.

Hoy día encontramos no pocos jóvenes a quienes les parece ridículo e indigno que en lugar de amar la vida viva se ame a los libros; consideran que nuestra vida es demasiado breve y demasiado valiosa para ello, y, sin embargo, encuentran tiempo para pasarse seis

veces a la semana horas y horas en el  
café y en el baile.

(307)

Los libros no están ahí para hacer aún  
menos independientes a las personas  
dependientes, y tampoco para  
proporcionar una vida ficticia y barata a  
las personas incapacitadas para la vida.

Todo lo contrario: los libros sólo tienen  
valor cuando conducen a la vida y la  
sirven y le son útiles, y cada hora de  
lectura que no produce al lector una  
chispa de fuerza, un presagio de  
rejuvenecimiento, un aliento de nueva  
frescura, es tiempo desperdiciado.

(308)

Entre personas más o menos sanas, ajenas a lo que es dudar de uno mismo, el apasionado amará en el poeta la pasión; el discreto, la discreción; el bondadoso, la bondad; entre lectores peor equilibrados ocurrirá a menudo lo contrario; el lector profundamente espiritual sentirá hambre de ingenua sensualidad; el indómito, de contenida frialdad.

(309)

La lectura disipada e irreflexiva es como un paseo por un paisaje hermoso con los ojos vendados. Tampoco hay que leer para olvidarnos de nosotros mismos y de la vida cotidiana, sino todo lo

contrario: para volver a asir, tanto más conscientes y maduros, con mano firme, las riendas de la vida. Tenemos que acercarnos a los libros no como medrosos escolares al frío maestro, ni como el haragán a la botella de alcohol, sino como los montañeros a los Alpes y como los guerreros al arsenal; nunca como fugitivos ni como personas sin voluntad de vivir.

(310)

Cuanto más diferenciada, más exquisita en su sentir, más rica en relaciones sepamos hacer nuestra lectura, tanto mejor veremos cada pensamiento y cada obra literaria en su unicidad, en su

individualidad, en su estrecha dependencia, y veremos también que toda belleza y todo atractivo descansa precisamente en esa individualidad y en esa unidad, y, sin embargo, al mismo tiempo creemos ver de modo cada vez más claro que todos esos cientos de miles de voces de los pueblos ansían alcanzar la misma meta, que bajo distinto nombre claman a los mismos dioses, suenan los mismos deseos y sufren los mismos padecimientos. Desde la enmarañada trama de lenguas y libros de varios siglos contempla al lector, en momentos luminosos, una quimera maravillosamente sublime y suprarreal: el rostro del hombre, convertido por

hechizo en unidad a partir de miles de rasgos opuestos.

(311)

Un libro antiguo es siempre consolador. Su voz, llegada desde la lejanía, podemos escucharla o no, y cuando de pronto relampaguean palabras poderosas no las tomamos como las de un libro de hoy, de un autor llamado tal y cual, sino como de primera mano, como un grito de gaviota o un rayo de sol.

(312)

Para el buen lector, leer un libro es conocer la esencia y el modo de pensar de una persona extraña, intentar

comprenderla y, en lo posible, ganar su amistad.

(313)

Campesinas ha habido que, poseyendo y conociendo solo la Biblia, han leído y extraído de ella más ciencia, consuelo y alegría que la que jamás pueda sacar algún que otro millonario mimado de su valiosa biblioteca.

(314)

Una y otra vez tropezamos con el argumento de que las obras de los grandes escritores no son para la masa, de igual modo que las perlas no se hicieron para el cerdo. Pero esto son



charlatanerías. El posible peligro de un efecto negativo de la buena literatura sobre la persona ingenua no es siquiera la mitad de grande que el del periódico, que todos recibimos, e incluso que el de la Biblia.

(315)

Por lo que respecta al fundamento y al valor original de toda literatura, es decir, a su potencia lingüística, posiblemente sea más seguro y más firme el «pueblo» en sus juicios que la gente ocupada en análisis y consideraciones filológicas y estéticas. Y especialmente cuando se trata de juicios negativos y desfavorables, los

que proceden del «pueblo» me parecen más profundos y dolorosos que los de los intelectuales.

(316)

Ha sido el pueblo que lee quien ha realizado la destilación de los «clásicos», no la ciencia, y en muchos sectores va ésta muchas leguas por detrás del pueblo.

(317)

Los enemigos de los buenos libros, y del buen gusto en general, no son los que los desprecian, sino los que los devoran.

(318)

Dejemos tranquilamente sin leer los incontables libros de texto, sumarios e historias de la filosofía; cualquier obra de un pensador original nos da más, pues nos obliga a pensar y educa y aviva nuestra consciencia.

(319)

A medida que sea posible satisfacer con otros inventos ciertas necesidades de distracción y de instrucción, el libro irá recuperando dignidad y autoridad. Hoy no hemos alcanzado aún del todo el punto en que los jóvenes inventos, como la radio, el cine, etc., que le hacen la competencia al libro, se hayan

apoderado de esa parte de sus funciones que no sería una lástima que le arrebataran.

(320)

Muchos consideran que es una vergüenza no conocer la última novela del autor de moda más reciente, mientras dejan durante toda su vida que los viejos «mamotretos» sigan siendo mamotretos, sin darse cuenta siquiera de que mucho de lo novísimo y preferido no es más que algo viejo recalentado a toda prisa y servido como nuevo.

(321)

Quien carece de sensibilidad para el

verso es seguro que, a la hora de leer buena prosa, también pasará por alto los valores y encantos más delicados de la belleza lingüística.

(322)

Con la lectura ocurre como con todos los demás placeres: se hace tanto más profunda y duradera cuanto más intensa y afanosamente nos entregamos a ella.

(323)

Lectura sin amor, ciencia sin respeto, formación sin corazón, es uno de los peores pecados contra el espíritu.

(324)

Ni siquiera dos de cada mil libros tienen la capacidad de despertar la impresión de que no es a un autor a quien escuchamos hablar, sino a las cosas mismas.

(325)

Cuanto mayor es la formación (es decir, la confianza en uno mismo, el sentido de la propia personalidad) tanto más rápidamente y con mayor seguridad arrojamos lejos lo que no conviene a nuestra persona, pero mayor también es la perspicacia con que captamos lo que nos es afín.

(326)

Sé bien que cuando me sumerjo en las páginas de un buen libro hago algo mejor, más sensato y más valioso que lo que han hecho ministros y reyes desde hace años. Yo construyo donde ellos destruyen; recojo donde ellos dispersan; vivo a Dios donde ellos lo niegan o crucifican.

(327)

Es más difícil matar algo espiritualmente vivo que hacer revivir algo muerto.

(328)

Según mi experiencia, no hay mejor propósito para las vacaciones que el de

no leer ni una sola línea, y luego, nada más hermoso que ser infiel a ese propósito con un libro verdaderamente bello.

(329)



# Realidad e imaginación

De una historia sólo es verdad lo que se cree quien la escucha.

(330)

De igual modo que el abonado, tras ojear el periódico, saborea un instante la ilusión de que durante veinticuatro horas está al tanto de lo ocurrido en el mundo y de que, en el fondo, no ha pasado más que lo que inteligentes redactores habían ya predicho en la edición del jueves, así cada uno de nosotros se engaña cada día

y cada hora y transforma la selva de misterios en un hermoso jardín o en un mapa plano y diáfano, el moralista con ayuda de sus máximas, el religioso con ayuda de su fe, el ingeniero con ayuda de su regla de cálculo, el pintor con ayuda de su paleta y el poeta con ayuda de sus ejemplos e ideales.

(331)

La mirada del querer es impura y distorsiona. Sólo cuando no queremos nada, sólo cuando nuestra mirada es mera observación, se abre el alma de las cosas: la belleza. Cuando observo un bosque que quiero comprar, o talar, o hipotecar, no veo el bosque, sino sus

relaciones con mi querer. Pero si no quiero nada de él y sólo dirijo mi mirada «distraída» a su verde profundidad, entonces es bosque, naturaleza y vegetación; entonces es hermoso.

(332)

El aburrimiento es algo que no conoce la naturaleza; es un invento de los habitantes de la ciudad.

(333)

No puede ser que cada uno mire exclusivamente aquellos aspectos del mundo que en ese instante y tras un examen cuidadoso le parecen valiosos e

importantes; el verdadero arte de disfrutar, de observar con tranquilidad y de admitir las cosas como son es un bien que no puede robarnos ningún intelectual, por muy audaz y fino que sea, porque si no destruye más cultura de la que puede volver a proporcionarnos toda la inteligencia del mundo.

(334)

El rico bien podría, pero no puede.

(335)

La belleza no hace feliz al que la posee, sino a quien puede amarla y adorarla.

(336)

No actuamos impulsados por opiniones y reflexiones abstractas, sino que en realidad todos los pasos de nuestra vida los damos movidos por el fondo primario de nuestra esencia, por el temperamento de nuestra raza, por impulsos inconscientes. Después buscamos la filosofía que mejor cuadra con ello.

(337)

Los motivos, pienso, nunca son claros. La causalidad no se da jamás en la vida; sólo en el pensamiento. Nadie actúa por «motivos»; nos hacemos la ilusión de que es así y, en interés de la vanidad y la virtud, intentamos hacérselo creer a

otros.

(338)

Siempre me ha parecido que no sólo yo, sino también todas esas personas envidiables que saben dar motivos para justificar sus actos, en realidad nunca se han movido ni regido por esos motivos, sino siempre por enamoramientos, y no tengo nada en contra de reconocerme partidario de esos enamoramientos.

(339)

Siempre es un momento maravilloso cuando dos círculos o grupos de amigos, extraños entre sí, pero cercanos a nosotros, entran en contacto. Muy raras

veces se cumplen esperanzas; más raro aún es que se realice el consuelo de poder volver a ver nuestra «personalidad» como unidad; en la mayoría de estas situaciones el yo aparece únicamente como carpa liviana, como intersección pasajera de múltiples relaciones, sin duración, sin mismidad, sin valor propio.

(340)

Puede ser que cada hombre, cual balón lanzado por los aires, tenga prefijada una trayectoria y siga una línea trazada desde hace tiempo, mientras cree que es él quien somete al destino o se burla de él. Mas, sea como fuere, el destino está

en nosotros y no fuera, lo cual hace que la superficie de la vida, el acontecer visible, adquiriera cierta insignificancia. Lo que normalmente tomamos a mal e incluso denominamos trágico se convierte así a menudo en bagatela. Y las mismas personas que caen de rodillas en presencia de lo trágico sufren y sucumben ante cosas a las que nunca habían prestado atención.

(341)

Alguno de nosotros sabe, con la inteligencia o con el corazón, que no se trata de progreso y romanticismo, de adelante o atrás, sino de fuera y dentro; que no tememos al ferrocarril ni al



automóvil, al dinero ni a la razón, sino sólo al olvido de Dios, a la perdición del alma en trivialidades.

(342)

Una profesión es siempre una desgracia, una limitación y una resignación.

(343)

Una verdad sólo se deja expresar y envolver en palabras cuando es parcial. Pero el mundo, lo que existe a nuestro alrededor y en nuestro interior, nunca es parcial.

(344)

La unidad que venero más allá de la

diversidad no es una unidad aburrida, gris, mental, teórica. Es la vida misma, llena de juego de dolor, de risas.

(345)

Ningún yo, ni siquiera el más sencillo, es una unidad, sino un mundo profundamente diversificado, un pequeño firmamento, un caos de formas, escalas y situaciones, de herencias y posibilidades. El hecho de que cada individuo intente ver este caos como una unidad y hable de su yo como si fuera un fenómeno sencillo, firmemente formado, claramente delimitado, este engaño corriente en todos los hombres (incluso los mejores) parece ser una necesidad,

una exigencia de la vida.

(346)

Hay millones de facetas de la verdad,  
pero una sola verdad.

(347)

La profundidad está en lo claro y alegre.

(348)

El mundo se ha visto a menudo insultado  
sin piedad porque el insultante había  
dormido mal o comido demasiado. El  
mundo se ha visto a menudo alabado  
beatíficamente porque el que lo alababa  
acababa de besar a una mujer.

(349)

Nada es importante, nada es insignificante; la vida es un juego de sombras, pero las imágenes de las cosas reflejadas en nuestras almas tienen una realidad profunda, inquietante.

(350)

Las utopías no están ahí para realizarlas servilmente, sino para someter a discusión la posibilidad de lo difícil, pero ansiado, y para fortalecer la fe en esa posibilidad.

(351)

Los sentimientos y fantasías tienen la propiedad de ganar poder, belleza y valor hasta un cierto grado, más allá del

cual se vuelven otra vez lánguidos y rancios; entonces es el momento de permitir el ascenso de nuevas fantasías y nuevas series de sentimientos.

(352)

Nadie sueña con lo que no le interesa.

(353)

La magia del sueño falla con frecuencia durante el día, porque hasta el mejor soñador, cuando está despierto, toma el mundo exterior más en serio de lo que debiera. Los locos lo consiguen mejor; se declaran emperadores, dicen que su celda es un palacio y todo concuerda maravillosamente bien.

Nuestra meta es transformar mágicamente el mundo exterior, pero sin volvernos locos. No es fácil pero, en cambio, hay poca competencia.

(354)

No sé nada de espíritus; yo vivo en mis sueños. Los demás personas también viven en sueños, pero no en los suyos propios; ésa es la diferencia.

(355)

Nunca me he interesado por los espíritus, y por eso nunca me he encontrado con ninguno, aunque estoy convencido de que con sólo desearlo acudirían en masa. Pero no creo que

sean más interesantes que otras personas.

(356)

El hombre es una cebolla con cien capas envolventes, un tejido de muchos hilos. Los asiáticos de la Antigüedad lo reconocieron y supieron exactamente, y el yoga budista inventó una técnica especial para desenmascarar la vana ilusión de la personalidad. El juego de la humanidad es divertido y diverso: la vana ilusión, para cuyo desenmascaramiento tanto se ha esforzado la India durante mil años, es la misma para cuyo apoyo y fortalecimiento se ha tomado tanto o más

trabajo Occidente.

(357)

La realidad es un rayo que palpita preso en cada piedra. Si no la despiertas, la piedra sigue siendo piedra; la ciudad, ciudad; la belleza, bella; el aburrimiento, aburrido y todo duerme el sueño de las cosas, hasta que tú, desde tus tensas corrientes, lo inundas con esa tormenta llamada «realidad».

(358)

Tengo la desgracia de estar siempre contradiciéndome. La realidad siempre lo hace, pero no el espíritu, ni tampoco la virtud. Por ejemplo, después de una



dura caminata en verano puedo llegar a estar completamente obsesionado por el deseo de beber un vaso de agua y declarar que el agua es la cosa más maravillosa del mundo. Un cuarto de hora más tarde, cuando ya he bebido, no hay nada en el mundo que me resulte menos interesante que el agua y beber. Lo mismo me ocurre con el comer, el dormir, el pensar. Mi relación con el «espíritu» es la misma que con la comida y la bebida. Algunas veces no hay nada en el mundo que me atraiga más ni me parezca más necesario que el espíritu, la posibilidad de abstracción, de lógica, de la idea. Después, cuando estoy harto y necesito y ansío lo

contrario, todo lo que sea espíritu me repugna como comida podrida. Sé por experiencia que este comportamiento pasa por arbitrario, falta de carácter, e incluso sé que no está permitido, pero nunca he podido entender por qué. Pues de igual modo que tengo que alternar constantemente entre comida y ayuno, dormir y estar alerta, también tengo que ir como un péndulo de aquí allá, cambiando constantemente entre naturalidad y espiritualidad, experiencia y platonismo, orden y revolución, catolicismo y protestantismo. Me parece muy virtuoso, firme, lleno de carácter, que una persona pueda venerar siempre al espíritu y despreciar a la naturaleza,

que pueda ser siempre revolucionario y nunca conservador, o al contrario; pero me parece tan fatal, tan repelente y tan loco como si alguien quisiera estar siempre comiendo o durmiendo. Y, sin embargo, todos los partidos, tanto los políticos como los espirituales, los religiosos como los científicos, se basan en el presupuesto de que comportamiento tan demente es posible, es natural.

(359)

Las catedrales que hoy son destruidas no hay que volverlas a levantar. Son sólo piedras. Su espíritu, en cambio, debe renacer. En ese caso ya no es lástima lo

ocurrido a las piedras.

(360)

El mundo está tan chiflado fuera de los manicomios como dentro.

(361)

Caminamos por este mundo, siempre de viaje, y a menudo agitamos el sombrero y lanzamos nuestro saludo cuando el otro caminante está precisamente en el valle, invisible y quizás en plenas tinieblas.

(362)

Ese «ser arrojado», como la filosofía de nuestros días denomina la vida humana,

no me basta, porque es adornar históricamente la insuficiencia humana hasta convertirla en algo aparentemente trágico. Al mismo tiempo, una expresión de valor tan elevada como es «trágico» pierde todo su valor, y el hombre, sólo por haber nacido y por su incapacidad de hacer algo digno de ese nacimiento, se convierte en una especie de héroe.

(363)

Como todos los muchachos, amaba y envidiaba yo ciertas profesiones: al cazador, al ganadero, al carretero, al funámbulo, al explorador del Polo. Pero lo que más me hubiera gustado, con mucho, es haber sido mago. Ésta era la

dirección más profunda e íntima de mis instintos, cierta insatisfacción con eso que llamaban «realidad» y que en aquellos tiempos me parecía un convenio absurdo de los adultos; pronto me caractericé por el rechazo, unas veces temeroso, otras burlón, de esa realidad, y por el ardiente deseo de hechizarla, de transformarla y de sublimarla.

(364)

Prefiero a alguien que esté dispuesto a entregarse a los ideales más ingenuos del mundo que a quien sabe hablar con inteligencia de todos los ideales y mentalidades, pero no es capaz de

renunciar ni a lo más mínimo por uno de ellos.

(365)

Sentimentalismo es recrearse en sentimientos que en la realidad no se toman suficientemente en serio como para hacer por ellos ningún sacrificio o ponerlos alguna vez en práctica.

(366)

En la naturaleza no hay sentimentalismo.

(367)

Llegará el momento en que también en el terreno de las enfermedades y de la salud se perciba y se descubra la

relatividad, que las enfermedades de hoy pueden ser la salud de mañana y que estar sano no es síntoma inequívoco de salud.

(368)

El menor ve en el mayor precisamente lo que está en condiciones de ver.

(369)

Nuestras inclinaciones tienen siempre la asombrosa habilidad de disfrazarse de ideologías.

(370)

Es difícil no supervalorar las virtudes que tenemos. Es difícil no supervalorar



las virtudes que nos gustaría tener. Fácilmente infravaloramos los sufrimientos ajenos. Con mayor facilidad aún supervaloramos la felicidad ajena.

(371)

Una noche en que tuve que asistir a una parturienta vi que el máximo dolor y la máxima voluptuosidad tienen una expresión muy semejante.

(372)

Sólo se está intranquilo mientras aún se tienen esperanzas.

(373)

La mitad del romanticismo viajero no es otra cosa que la expectativa de aventuras. Pero en su otra mitad es el instinto inconsciente de transformar y disolver lo erótico. Nosotros los caminantes estamos acostumbrados a cultivar deseos amorosos precisamente por su carácter irrealizable y a distribuir ese amor, que realmente le corresponde a la mujer, entre pueblo y monte, lago y quebrada, los niños en el camino, el mendigo en el puente, la vaca en el prado, el pájaro, la mariposa. Disociamos el amor de su objeto, el amor en sí nos es suficiente, de igual manera que al caminar no buscamos la

meta, sino el deleite del propio viajar, el estar de camino.

(374)

Esto es realmente el «extranjero»: no el estar rodeado de cosas y personas nuevas y desconocidas, sino ser uno mismo extraño en cualquier sitio al que se vaya, despertar risas o admiración y no ser aceptado y bien recibido por los otros sin más ni más.

(375)

Cualquier lugar en el que hayamos vivido no cobra forma en nuestra memoria sino después de un cierto tiempo de la despedida, y se convierte

en una imagen que permanece inalterable. Mientras estamos allí y tenemos todo ante los ojos vemos lo casual y lo esencial acentuados casi por igual; es sólo más tarde cuando se apaga lo secundario. Nuestro recuerdo retiene sólo aquello que es digno de retener; si no, ¡cómo íbamos a poder observar ni siquiera un año de nuestra vida sin angustia y mareo!

(376)

Al parecer se han visto no pocos hombres que tenían mucho de perro o de zorro, de pez o de culebra, sin que por ello hayan tenido dificultades especiales. Y en el caso de algunos que

han llegado lejos ha sido, más que el hombre, el zorro o el mono quien ha hecho su suerte.

(377)

# Arte y artistas

Arte es la conjunción del mundo paterno y materno, del espíritu y la sangre; puede empezar en lo sensual y acabar en lo abstracto o tener su comienzo en un puro mundo de ideas y terminar en la más sangrienta carnalidad. Toda obra de arte que no sea puro juego de manos tiene este doble rostro peligrosamente sonriente, este hombre-mujer, esta comunidad de lo instintivo y lo puramente espiritual.

(378)

La naturaleza tiene diez mil colores, y nos hemos empeñado en reducir la escala a veinte.

(379)

El comienzo de todo arte es el amor. El valor y la amplitud de todo arte están determinados ante todo por la capacidad de amor del artista.

(380)

No hay nada más alegre ni regocijante que la belleza y el arte —a saber, cuando estamos tan entregados a la belleza y al arte que nos olvidamos de nosotros mismos y del ardiente pesar del mundo—. No es preciso que sea una

fuga de Bach, un cuadro de Giorrigione; basta una islita de azul en el cielo nublado, el abanico móvil de la cola de una gaviota; bastan los colores del arco iris de una mancha lisa de aceite en el asfalto. Basta con mucho menos.

Y cuando regresamos de la felicidad a la conciencia del yo y al conocimiento de la miseria de la vida la alegría se convierte en tristeza; el mundo, en lugar de mostrarnos su cielo azul, nos enseña su negro abismo, y el arte se vuelve entristecedor. Pero permanece bello, permanece divino, ya sea fuga, cuadro, plumas de cola de gaviota, mancha de aceite en el asfalto o aún menos.

Y si la beatitud de esta felicidad ajena al



yo y al mundo sólo puede durar instantes, el encantamiento saturado de tristeza, gracias al milagro de la belleza, puede durar horas, días, toda una vida.

(381)

El entregarse a formas de la naturaleza irracionales, crespas, extrañas, despierta el sentimiento de que nuestro interior armoniza con la voluntad que otorgó el ser a dichas formas —al punto estamos tentados de tomarlas por nuestros propios caprichos, nuestras propias creaciones—; vemos temblar y desvanecerse las fronteras entre nosotros y la naturaleza y experimentamos esa sensación de no

saber si las imágenes de nuestra retina proceden de impresiones exteriores o interiores. En ninguna parte descubrimos con más facilidad y sencillez que en este ejercicio hasta que punto somos creadores, hasta que punto participa nuestra alma en la constante creación del mundo. Más bien diríamos que es una misma divinidad indivisible, activa en nosotros y en la naturaleza; y si llegara el fin del mundo, uno de nosotros sería capaz de reedificarlo, que monte y río, árbol y hoja, raíz y flor, todo lo formado en la naturaleza está preformado en nosotros, procede del alma, cuya esencia es eternidad, cuya esencia no conocemos, pero la mayoría de las

veces se nos da a conocer como  
capacidad de amor y fuerza creadora.  
(382)

Todo nuestro arte es solamente un  
sucedáneo, un sucedáneo arduo y diez  
veces caro en exceso de la vida  
desperdiciada, de la animalidad  
desperdiciada, del amor desperdiciado,  
Pero tampoco es así. Sería supervalorar  
lo sensitivo, tomar lo espiritual como  
sustituto de urgencia cuando falta lo  
primero. Lo sensitivo no vale ni una  
pizca más que el espíritu, y lo mismo al  
contrario. Que abracés a una mujer o  
que hagas un verso, igual da.  
(383)

Hay momentos en que somos capaces de intuir el misterio de la unidad; nuestra capacidad de amar depende, en cambio, de la capacidad de valorar, de valorar subjetivamente; sin ella no hay arte ni amor.

(384)

Arte es la contemplación del mundo en estado de gracia.

(385)

Así como no hay ninguna gran obra de arte que no haya surgido por amor, no hay tampoco una relación noble y productiva con la obra de arte si no es por medio del amor.

(386)

El arte tiene que ver con síntesis, con imágenes. Pero vosotros, en lugar de imágenes, queréis conceptos.

(387)

Si es cierto o no que el arte y la belleza pueden mejorar y fortalecer al hombre, es cosa en la que no entramos; por lo menos, al igual que el firmamento estrellado, nos evocan el recuerdo de la luz, de la idea de orden, de armonía, de «sentido» en el caos.

(388)

Genio es capacidad de amor, es ansia de

entrega.

(389)

La alegría es virtud de santos y de caballeros andantes; es el misterio de lo bello y la verdadera sustancia de todo arte. El poeta, que alaba la maravilla y el horror de la vida en el ritmo de sus versos, el músico, que lo hace sonar como puro presente, son portadores de luz, multiplicadores de la alegría y la claridad en el mundo, aunque antes nos conduzcan a través de lagrimas y de dolorosa tensión.

(390)

La alegría no es ni jugueteo, ni

autocomplacencia, es máximo conocimiento y amor, es afirmación de toda realidad, es estar despierto al borde de todas las profundidades y abismos. Es el misterio de lo bello y la verdadera sustancia de todo arte.

(391)

El arte muestra nuevos rostros, nuevas lenguas, nuevos gestos y sonidos balbucientes, harto está de seguir hablando el lenguaje de ayer y de anteayer, quiere bailar, por una vez quiere pasarse de la raya, por una vez quiere ladearse el sombrero y andar en zigzag. Y los burgueses se irritan, se sienten burlados y piensan que se ha

dudado de sus raíces, de su valor, andan lanzando insultos y se tapan los oídos con la manta de su educación. Y el mismo burgués que corre en busca del juez al más ligero contacto u ofensa contra su dignidad personal, tornase ahora inventor de terribles ofensas.

(392)

Tocamos nuestra música, y alguien por error nos echa unas monedas en la gorra, porque cree que aquélla es algo didáctico o moral o inteligente. Si supiera que es sencillamente música, seguiría su camino y se guardaría las monedas.

(393)



No quiero que mi único motivo para vivir sea la vida; no quiero que mi único motivo para amar sea la mujer, necesito dar un rodeo y pasar por el arte, necesito el placer solitario y elaborado del artista para poder estar a gusto con la vida, incluso para poder soportarla.

(394)

Para poder comprender y vivir el arte es necesaria una disposición natural que debe estar emparentada con el talento o instinto artístico. A quien la posee le resultarán posibles los placeres del arte; a los demás, nunca.

(395)

Con la discusión sobre el arte pasa como con todas las discusiones sobre opiniones. No es posible entenderse mientras no haya amor mutuo. Y únicamente puede haber amor mutuo cuando se vive el mundo más en sí mismo que en lo externo.

(396)

Frente al talento debe haber un carácter, frente al impulso una disciplina, frente a la ligereza y el ansia de producción unas inhibiciones que mantengan la balanza en equilibrio.

(397)

Lo que necesita y exige nuestra época no es laboriosidad y espíritu de funcionario, sino personalidad, conciencia, responsabilidad. Intelecto, «talento», hay de sobra.

(398)

Es una vieja experiencia que precisamente los espíritus que ansían salirse del tiempo hacia lo intemporal nunca fueron oscuros soñadores, sino que arraigados firmemente en su época, se sentían responsables de ella; y cuanto más sabemos de estos espíritus, tanto más gráficos, y con ello más ejemplares, se vuelven.

(399)

Si la industria y la ciencia no necesitan ya más personalidades, que no las tengan. Pero nosotros los artistas, que en medio de la bancarrota cultural habitamos una isla con posibilidades de vida más o menos soportables, tenemos que seguir otras leyes, antes y ahora. Para nosotros la personalidad no es un lujo, sino condición de la existencia, ganas de vivir, capital indispensable. Y entiendo que son artistas todos aquellos que consideran necesario sentirse vivos y en crecimiento, ser conscientes de las bases en que se asientan sus fuerzas y desplegarse sobre ellas siguiendo leyes

innatas, es decir, no tomar parte en ninguna actividad o transformación de la vida cuya esencia y efecto no guarde con la base la misma relación clara y adecuada que en un buen edificio la bóveda con el muro, el tejado con los pilares.

(400)

Todo auténtico talento tiene su principio y sus raíces en lo sensitivo, en una buena dotación del cuerpo y los sentidos.

(401)

Entre nosotros, los artistas, casi podría decirse, exagerando un poco: el valor de mi trabajo se corresponde con la alegría

que me ha causado realizarlo. Lo que influye y permanece no es lo deseado, pensado, montado, sino el gesto, la ocurrencia, el encanto pequeño y fugaz. Así como en una ópera de Mozart no es el argumento ni la moraleja lo que constituye el valor de la obra, sino el gesto y la melodía, la frescura y la gracia con que discurren y se transforman un cierto número de temas musicales.

(402)

La intensidad del disfrute y la del recuerdo dependen una de otra. Disfrutar es exprimir todo el dulzor de una fruta sin dejar resto. Y recordar es el arte, no

sólo de retener lo disfrutado una vez, sino de darle una forma cada vez más pura.

(403)

También en esto soy una persona anticuada, en que no detesto ni callo los sentimientos y sentimentalismos, sino que me pregunto: ¿De qué vivimos realmente, dónde percibimos la vida si no es en nuestros sentimientos? ¿De qué me sirven un saco lleno de dinero, una sólida cuenta bancaria, un despliegue airoso y una mujer bonita si no siento nada, si mi alma no se conmueve? No, por mucho que pueda odiar los sentimentalismos en los demás, en mi

caso más bien los quiero y los mimo un poco.

El sentimiento, la delicadeza y la pronta excitabilidad de las vibraciones anímicas son mi dote y así tengo que luchar por mi vida. Si yo dependiera de la fuerza muscular y me hubiera hecho luchador o boxeador, nadie podría pretender que considerara la fuerza muscular como algo secundario. Si estuviera muy fuerte en operaciones aritméticas y fuera director de una gran oficina, nadie me pediría que contemplara la capacidad para resolver operaciones matemáticas como un valor secundario. Sin embargo, el mundo moderno exige del poeta, y algunos



poetas jóvenes se lo exigen a sí mismos, que odien precisamente todo eso que los constituye como tales, la excitabilidad del alma, la capacidad de enamorarse, la capacidad de amar y de arder, de entregarse y de experimentar en el mundo de los sentimientos lo inaudito y supranormal, que odien y se avergüencen precisamente de ésta su fuerza y que se opongan a todo lo que quepa llamar «sentimental». Bien está, que lo hagan; yo no colaboro, prefiero mil veces mis sentimientos que toda la gallardía del mundo, y precisamente ellos son los que durante los años de la guerra me libraron de colaborar con el sentimentalismo de los gallardos.

A nuestra falta de sentido para la rentabilidad y el espíritu de empresa corresponde en nuestros antípodas, los empresarios y productores, la falta de una dimensión espiritual. Nuestro infantilismo romántico poético no es más infantil que esa seguridad orgullosa y pueril del ingeniero que parece que va a conquistar el mundo, que cree en su regla de cálculo como nosotros en nuestro Dios y que rebosa de ira o de miedo cuando Einstein conmueve la certeza categórica de sus reglas sobre el mundo. Nosotros, románticos y sentimentales, como nos llama la

literatura cosmopolita en son de burla, no somos tontos fanáticos que molestan a la opinión pública y movilizan a la Sociedad Artística nacional porque en tal o cual lugar vayan a derribar una vieja muralla; entre nosotros los hay casi tan listos como algunos de los del partido de la rentabilidad y en el fondo quizás creamos con más fe en el futuro y estemos más ansiosos de alcanzarlo que muchos de los devotos del progreso.

(405)

La soledad del artista, y en general la del hombre de talento, me parece inevitable, lo mismo si tiene suerte y éxito como si no. Igual de comprensible

y, en el fondo, igual de bien me parece que la persona de talento, de fantasía, disimule en lo posible esa soledad. Pues aun siendo inevitable que la persona dotada de talento note, antes o después, la vacía y triste limitación del hombre medio, tiene que rechazar esa observación, porque al final le llevaría a una falta de amor y a un desprecio de los seres humanos que él tampoco soportaría. Pero la gran soledad, a veces heladora, del artista o del pensador en medio del hombre adocenado, oculta o no, está siempre presente, es el precio que pagamos por lo que poseemos de más.

(406)

No hay nadie más vanidoso, nadie más pendiente del eco y del asentimiento que el hombre dedicado al espíritu y, de hecho, el eco y el asentimiento le resultan absolutamente necesarios.

(407)

El burgués compara gustoso al extravagante con el loco. El burgués intuye correctamente que se volvería loco de inmediato si, como el artista, el religioso o el filósofo, se aventurara en el abismo de su propio interior. Llamemos a ese abismo alma, inconsciente o como queramos, de él procede todo movimiento vital. El

burgués ha colocado entre él y su alma un vigilante, una conciencia, una moral, un departamento de seguridad, y no reconoce nada que, procediendo directamente de ese abismo del alma, no haya sido sellado antes por ese departamento. El artista, por el contrario, dirige su constante desconfianza contra esa autoridad fronteriza y entra y sale secretamente de aquí allá, entre consciencia e inconsciencia, como si en ambas estuviera en casa.

(408)

En el mundo burgués de nuestros días, que actualmente tiembla en su

mismísima base, el artista representa una especie de figura sustitutiva, y el burgués le atribuye y adjudica funciones que en realidad serían asunto de todos los hombres, pero que, a causa de la decadencia general, han sido abandonadas por la mayoría de los burgueses. Realmente el artista representa dentro de nuestra sociedad al único tipo humano que, tranquilamente y con la aprobación de la sociedad, se vive a sí mismo, es fiel a su propia naturaleza y cumple así una ley que todos los hombres tienen escrita en el corazón, pero cuyo eco se extingue para la mayoría en la sórdida lucha por lo cotidiano.

(409)

El genio, allí donde surge, o acaba estrangulado por lo que le rodean o es él quien les tiraniza a ellos; le aclaman unánimemente como la flor de la humanidad y, sin embargo, provoca en todas partes miseria y confusión, aparece siempre aislado, condenado a la soledad, no es hereditario y presenta siempre cierta tendencia a abandonarse a sí mismo.

(410)

Al genio, en cualquiera de sus formas, lo concibo como un intento de la naturaleza de establecer, a base de grandes



sacrificios, el ejemplo de un tipo mejor, más logrado y más digno de vivir de lo que normalmente es el hombre.

(411)

Cuando hablo del genio como de un asunto biológico me refiero a que el genio, el hombre importante en sus ejemplares más conseguidos, casi siempre tiene una vida trágica y vive en una pálida luz cercana al ocaso, lo que nada tiene que ver con la doctrina ramplona y burguesa de que el genio siempre está emparentado con la demencia. No: el genio, la vida elevada al máximo, cae con tanta facilidad en su polo opuesto, en manos de la muerte o

de la locura, porque en él la existencia humana se reconoce como un terrible infortunio, como un golpe grande y audaz de la naturaleza, pero no del todo logrado. El genio, reconocido unánimemente como el fruto más deseado y noble del árbol de la humanidad, no se ve protegido de ningún modo por el mecanismo biológico, y menos aún capacitado para reproducirse; viene al mundo en medio de una vida para la que él es luz y meta ansiada, siendo así que al mismo tiempo tiene que morir asfixiado en ella.

(412)

Toda individualización exacerbada se

vuelve contra el yo y tiende a su destrucción.

(413)

A la vista de las biografías de los llamados genios, nos vemos tentados de extraer la tranquilizadora conclusión de que, a la postre, el que es verdaderamente fuerte y dotado de talento encuentra su camino y realiza sus obras. Lo cual es un consuelo cobarde y una mentira; en realidad, muchas de esas celebridades, a pesar de sus logros, no llegaron a ser aquello para lo que tenían madera y vocación; en todos los tiempos han existido seres muy dotados que no consiguieron alcanzar el camino del que

eran dignos, y muchas han sido también las carreras brillantes que acabaron truncadas y arrinconadas en la miseria.

(414)

Veo el mundo con ojos de artista, y si bien creo que pienso de un modo democrático, siento de un modo aristocrático, es decir: soy capaz de amar todo tipo de cualidad, pero no la cantidad.

(415)

El arte no debe someterse a coacciones. El aficionado al arte que no se siente a gusto entre las tendencias contemporáneas hace mal en

denunciarlas, pero también en pretender «disfrutarlas» a la fuerza. Toda vez que en la música, por ejemplo, poseemos y podemos disfrutar las obras compuestas a lo largo de tres siglos más o menos, no deberíamos exigir a los músicos actuales que renunciaran a sus experimentos y nuevas formas que, lejos de empobrecer al mundo del arte, lo enriquecen. Y si la música actual nos suena a veces fría y artificial, hay que pensar que es la reacción a más de medio siglo de música acaso dulce y sensual en exceso.

(416)

Lo que intenta conseguir el sabio por

medio de la inocencia a todo tipo de acción, siguiendo una actitud contemplativa: la superación del tiempo, es a lo que aspiran los artistas por el camino contrario, aumentando la actividad al servicio de la plasmación y de la inmortalización.

(417)

A lo largo de los siglos ha habido miles de «ideologías» y de partidos y de programas, miles de revoluciones que han transformado el mundo y (quizás) lo han hecho progresar. Pero ninguno de sus programas o credos han sobrevivido a su tiempo. Las imágenes y palabras de algunos verdaderos artistas, y también

las de algunos sabios, o bien hombres que amaron o que se ofrecieron a sí mismos en sacrificios, han sobrevivido a los tiempos; y miles de veces una palabra de Jesús o una palabra de un poeta griego de otros lugares ha alcanzado, después de siglos, a personas, las ha despertado y les ha abierto los ojos al sufrimiento y al milagro de la humanidad. Mi deseo y ambición sería ser uno entre estos seres que amaron y fueron testigos, ser uno pequeño, uno entre miles; no me interesa, en cambio, pasar por «genial» o cosa parecida.

(418)

Lo que hoy es nuevo e interesante, pasado mañana ya lo es. Pero aquello que ha sobrevivido varios siglos y no ha caído en el olvido, ni ha perecido, eso no sufrirá grandes alteraciones en cuanto a su valoración a lo largo de nuestra vida.

(419)

El espíritu, vestido con sus ropajes teológicos u otros cualesquiera, tiende siempre un poco de más al concepto de la simplificación, se queda satisfecho con decir «árbol» mientras que el cuerpo y el alma no saben qué hacer con «árbol» a secas, sino que necesitan y



aman un tilo o un roble o un arce. Precisamente por eso, es posible que los artistas estén más cerca del corazón de Dios que los pensadores. El que Dios se exprese de un modo distinto en el indio y en el chino que en el griego no es deficiencia sino riqueza, y cuando se quieren reunir todas estas formas de lo divino en un concepto, no resulta un roble, ni un castaño, sino en el mejor de los casos un «árbol».

(420)

Espíritu y alma, razón y temperamento, deben ir necesaria e inseparablemente juntos, y quien valora y cultiva más uno de ellos a costa del otro o incluso en

lucha con él, busca y cultiva mitades en lugar de la totalidad...

Es una experiencia graciosa: la persona puramente racional, por muy dorada que sean sus palabras y muy agudos los juicios que emita, pronto nos resulta aburrida. Y de igual modo nos resultan bien pronto aburridos los nobles fanáticos del temperamento, los poéticos y entusiastas especialistas del corazón. El espíritu noble pendiente sólo de sí mismo y el ánimo que sólo confía en sí mismo tienen ambos una dimensión de menos. Lo cual se nota en la vida cotidiana y en la vida política, y más aún en el arte.

(421)

Si conozco de memoria todas las obras de Bach y Hayden y sé decir sobre ellas las cosas más inteligentes, flaco es el servicio que he prestado. Pero si cojo mi flauta y toco un ritmo movido de charleston, da lo mismo que el charleston sea bueno o malo, causará alegría a la gente y se les meterá en las piernas y en la sangre. Eso es lo único que interesa.

(422)

«Interpretar» es un juego del intelecto, un juego muy bonito a veces, bueno para gente inteligente pero ajena al arte, para gente que sabe leer y escribir libros

sobre escultura africana y música dodecafónica pero que jamás encuentra la entrada al interior de una obra de arte, porque se detiene en la puerta, prueba con cientos de llaves y no ve siquiera que está abierta.

(423)

Es siempre asunto delicado y que por añadidura acaba mal, hablar de las «tareas» del arte, de lo que el arte y el artista realmente «deben hacer». El artista no «debe hacer» absolutamente nada; el verdadero artista no realiza jamás su misión impelido por la conciencia de un deber, sino de un modo instintivo, haciendo sencillamente

aquello que su naturaleza le dicta...

Pero mucho más allá de todo esto, el artista, como toda persona espiritual y mejor dotada que el término medio, tiene su importancia para el futuro de la humanidad. Cada una de estas personas peculiares, finas, delicadas, temperamentales, inquietas, como son los artistas, representa un esfuerzo de la humanidad por alcanzar nuevas posibilidades; y cuanto más lo intuye el artista y más lo refleja en sus obras, tanto mayor llegará a ser su repercusión, aunque quizás no en ese mismo instante.

(424)

El diletante está por debajo del

especialista en el saber, en el conocimiento de los medios, pero por encima de él en la libertad y despreocupación con que hace lo que le divierte y expresa lo que le importa, sin los escrúpulos y sin la ambición del especialista. Sin sus inhibiciones.

(425)

A los diletantes natos que parecen constituir una parte tan grande de la humanidad, cabría llamarlos caricaturas de la libre voluntad. Y es que, infinitamente separados de la naturaleza y del conocimiento crecen de esa primitiva capacidad de toda persona original de percibir la llamada de la

naturaleza en su interior y actúan llenos de ligereza e indecisión en una vida sin valor y de aparente capricho. Y como no tienen nada propio dentro de su persona, se ven obligados a imitar y a practicar lo que ven que otros hacen por aptitud y necesidad interior, jugando y actuando a capricho, como monos de la naturaleza.

(426)

El arte supremo no necesita ni de aclaraciones ni de psicología aplicada, expresa sus formas y confía en su encanto, sin temor a no ser encendido.

(427)

Para el artista creativo la realidad de las

sensaciones, del tiempo, del espacio y de la causalidad tiene que estar fuera de duda, como algo esencial, ya que son sus únicos medios de representar y de convencer.

(428)

Da lo mismo qué objeto «elija» un poeta. Y da lo mismo precisamente porque no tiene lugar ninguna elección, porque ese «elegir» no es más que una figuración de los profesores que escriben las Historias de la literatura.

(429)

Mientras haya una vida sobre la tierra, los seres humanos no cesarán de relatar



a otros lo que han experimentado y lo que les ha quedado de posesión íntima a partir de esa experiencia. Y una y otra vez habrá personas para quienes lo vivido se convierta en expresión y símbolo de antiquísimas leyes universales, personas que vean en lo temporal lo eterno, en lo variable y casual la huella de lo divino y lo perfecto, y poco importará que estos poetas las llamen a sus obras novelas, revelaciones, historias del alma o de otro modo cualquiera.

(430)

Jamás ha alcanzado un lenguaje humano (me refiero a gramáticas) ni siquiera la

mitad de la gracia y prestancia, del brillo y espíritu que derrocha un gato en los giros de su cola o un ave del paraíso en el plateado plumaje de mi traje de esponsales.

A pesar de todo, el hombre, en cuanto es él mismo y deja de pretender imitar a las hormigas o a las abejas, supera al gato, al ave del paraíso y a todos los animales y plantas, Ha inventado lenguajes que permiten comunicarse y que hacen vibrar mejor que el alemán, el griego o el italiano. Ha creado de un modo mágico religiones, arquitecturas, pinturas, filosofías, ha creado la música, cuyos juegos de expresión y riqueza de colorido superan con creces a todas las

mariposas y aves del paraíso.

(431)

Un lenguaje bueno, auténtico, como fin en sí mismo, no existe: es bueno y auténtico cuando expresa una auténtica vivencia. Por eso es siempre tan hermoso el lenguaje popular, lleno de esa experiencia suprapersonal tan antigua. La culpa de que el alemán medio de nuestros días conozca tan mal su propia lengua no está en el deficiente cultivo del lenguaje, sino en un fallo en lo profundo de su esencia, en una incapacidad de vivir auténtica y profundamente.

(432)

La poesía no sirve a fines, excepto inconscientemente y en el sentido de que todo lo vivo se presta un servicio mutuo. El destino de las poesías didácticas es fracasar tanto más como poesías, cuanto más se preocupan por la enseñanza que pretenden comunicar.

(433)

La exposición poética intensa de sucesos anímicos, aun que no puede interpretarlos hasta el final, es más efectiva y conmovedora que cualquier análisis meramente intelectual.

(434)

En nuestros tiempos el poeta, como

representante más puro de la persona con alma, se ve arrinconado en un espacio sin aire, entre el mundo de las máquinas y el mundo de la producción intelectual, y condenado a morir por asfixia. Y es que el poeta es representante y defensor de esas fuerzas y necesidades del hombre a las que nuestro tiempo ha declarado la guerra de un modo fantástico.

(435)

El oficio de poeta no es mostrar caminos, sino ante todo despertar la nostalgia.

(436)

El poeta no debe amar al público, sino a la humanidad, que en su mayoría no lee sus obras y, sin embargo, las necesita.

(437)

La repercusión de un poeta jamás depende de una capacidad concreta, de su técnica, de su inteligencia, de su gusto, sino de la buena raza de su naturaleza, de la perfección y empuje con que expresa su tipo.

(438)

Allí donde un poeta cosecha alabanzas o censuras, donde tiene repercusión o es objeto de burla, donde se le ama o se le

condena, no es de sus pensamientos y sueños de lo que se habla, sino sólo de esa centésima parte que logra penetrar por el estrecho canal del lenguaje y por el no menos estrecho de la comprensión del lector.

(439)

La relación que hay entre tu intento de escribir un sueño y el mundo que éste abarca es la misma que entre la obra de un autor y lo que ese autor pretendía decir.

(440)

En toda obra auténtica, sea su técnica la que fuere, lo que se busca al fin y al

cabo es armonía, aunque sólo sea entre lo vivido por el poeta y sus medios para expresarlo. Cuando esa armonía vence y, por encima del mero esbozo o apunte, surge una obra, un poema en el que se observa y se interpreta unitariamente un trozo de vida, sonreímos e inclinamos la cabeza agradecidos, preguntamos poco más acerca de la técnica y del ropaje temporal y estamos contentos de que haya otra cosa buena más en el mundo.

(441)

Por suerte, la supervivencia y la fama de las grandes obras literarias nunca ha dependido de juicios doctos y, gracias a Dios, lo bueno y lo capaz de vivir se ha



conservado siempre por sí mismo, mientras que la más intensa galvanización de las grandezas muertas rara vez o nunca ha tenido éxito.

(442)

Los libros de los poetas no necesitan ni de aclaración ni de defensa, son hartos pacientes y saben esperar; si tienen algo de valor, la mayoría de las veces viven más tiempo que los que discuten sobre ellos.

(443)

El pensamiento abstracto constituye un peligro para el poeta, quizás el máximo, pues su consecuencia es negar y matar la

creación artística.

(444)

Hay pensamientos y sermones colectivos, pero no hay una poesía colectiva.

(445)

El futuro no llega a través de aquellos que cierran los ojos a la vista de cualquier desesperado. Entre las tareas de los escritores figura la de hacer visibles los abismos ocultos y hacernos conscientes de su existencia.

(446)

Con la «vuelta a la naturaleza» el

hombre recorre siempre un laberinto penoso y desesperado.

(447)

La personalidad no nace por otro camino que el de la espiritualización de los instintos animales, teniendo en cuenta exclusivamente este punto de vista, no parece que la coprofilia tenga mucho futuro en la literatura.

(448)

Conocer y crear, ser pensador y ser artista, son contraposiciones que se excluyen. La opinión de que pensar y escribir es aproximadamente lo mismo y de que la poesía debe dar expresión a

opiniones filosóficas es un error.

(449)

No cabe rechazar sin más, como si fuera una quimera, la obligación de la literatura —también de la poesía— de aspirar a una espiritualidad por encima de los partidos, de no ser sólo órgano de lucha del momento. Una pequeña parte (admitimos que muy pequeña) de los autores más dotados reconoce muy bien la situación y no están dispuestos a agobiarse por su análisis; este pequeño grupo de espíritus viven en un aislamiento que de año en año se va haciendo cada vez más opresivo, y sus intentos de dar expresión a esta crisis

espiritual no son literatura de evasión, sino una confesión responsable. El futuro socialista no va a tener sus mejores pioneros en esos autores que acuden de prisa y corriendo a inscribirse en el partido después de la primera victoria de la próxima revolución.

(450)

Durante la guerra se convirtió a los artistas, poetas e intelectuales en soldados y peones. Ahora se pretende «politizarlos» y convertirlos en órganos del desarrollo actual. Es como si se quisiera utilizar un barómetro para clavar clavos.

(451)

El literato debe creer en la luz, debe saber de ella a través de una experiencia inalterable y abrirse tanto y tan a menudo como sea posible a sus rayos; pero no debe tenerse por un portador de luz, y menos aún por la luz misma. Pues si no, se cierra la ventanita y la luz, que por supuesto no depende de nosotros, recorre otros caminos.

(452)

Cuando alguien le presuma al autor de una buena obra poética: «¿no crees que hubiera sido mejor elegir otra toma?», es como si el médico le dijera al enfermo de pulmonía «¡Ay si se hubiera decidido usted por un catarro!».

(453)

Cuando alguien quiere hacer su autorretrato, da lo mismo que exponga su filosofía de la vida o que cuente una anécdota.

(454)

Lo importante en el pensar, lo mismo que en la literatura, no es el que. No son los objetos más o menos casuales del pensamiento, sino la intensidad, el grado de calor y de pureza con que el individuo vive y analiza los problemas de su época.

(455)

No creo en modo alguno que un autor sincero pueda elegir sus «temas» con absoluta libertad. Por el contrario estoy completamente convencido de que los temas acuden a nosotros, no nosotros a ellos, y que, por lo tanto, esa «elección» aparente no es un acto libre de la voluntad personal, sino que, como toda decisión, es la consecuencia de un determinismo sin fisuras. Pero no quisiera dar la sensación de que doy por bueno cualquier trabajo u ocurrencia de un poeta, sino que no me importa reconocer, y lo hago convencido, que aquí, como en el resto de la vida, la creencia en el determinismo no anula la



responsabilidad personal. Para ello tenemos en la conciencia una medida infalible; la conciencia poética es la única ley que debe seguir necesariamente el poeta y rehuirla le perjudica a él y a su obra.

(456)

Usted cree que el poeta se libera de sus vivencias y lastres porque posee el don y la práctica de formular. Algo de cierto hay en eso, desde el momento en que el mero hecho de expresar o confesar entraña ya cierta liberación; pero aquí no se precisa de medios artísticos, y la confesión o confidencia más sencilla que se le hace a una persona de

confianza cumple el mismo cometido que la mejor de las poesías. El artista, por el contrario, al expresar algo eleva en parte lo vivido a la conciencia (nunca del todo), pero la mayoría de las veces lo único que consigue es intensificar esa experiencia, no desprenderse de ella.

(457)

Poeta es algo que se puede ser, pero no algo que se pueda uno hacer.

(458)

Si los sentimientos y la buena voluntad fueran suficientes, el mundo estaría lleno de autores de primera fila.

(459)

No es arte ser original a costa de la comprensibilidad y de la forma clara e inequívoca.

(460)

Hacer versos malos depara mucha más felicidad que leer los más bellos.

(461)

Es fama que nadie escribe tan mal como los defensores de ideologías caducas.

(462)

No tiene usted razón cuando afirma que es imposible «acabar con un dolor a fuerza de escribir poesía», En los versos queda con frecuencia una buena parte

del veneno. De todos modos hacen más fluido el dolor, que se diluye admirablemente en las asperezas de los troqueos.

(463)

Escribir versos «salidos totalmente del corazón» es una falsa ilusión, es algo que no existe. Necesitase la forma, el lenguaje, los versos, la elección de las palabras, y todo esto no tiene lugar en «el sentimiento», sino en la razón. Bien es verdad que algunos poetas menores eligen sus formas de un modo inconsciente, es decir, imitan formas de versificación extraídas del recuerdo, pero el hecho de que no sepan lo que

hacen no altera en nada el proceso. En la lírica de los grandes maestros, desde Píndaro hasta Rilke, no hay nada escrito «exclusivamente con el corazón», como usted dice, sino todo con la máxima elección y esfuerzo, con la concentración más rigurosa y, a menudo, con un examen minucioso de las leyes y formas heredadas. «Con el corazón» se escriben en caso de apuro cartas o folletines, pero no versos.

(464)

La causa de que sólo raras veces un escritor pueda vivir de su obra mientras que miles de periodistas sí pueden, radica en el hecho de que el noventa por

ciento de lo que la gente se gasta en sus necesidades espirituales, se lo gasta en periódicos. De ahí que éste sea un buen campo en el que muchos hallan su sustento. Y posiblemente muchos de esos periodistas trabajan sinceramente y son gente bien intencionada que no tiene ni idea de que su periódico constituye el muro de separación entre el pueblo y el espíritu.

(465)

El poeta, tal y como yo lo veo o como lo he experimentado en mí mismo, al escribir no sólo se esfuerza por expresar lo mejor posible sus pensamientos y sentimientos con ayuda de sus medios,

sino que en ese empeño constantemente hacia él, procedente de las fuerzas primitivas del lenguaje, de las míticas y mágicas, de las musicales y rítmicas, de las descriptivas y conjurantes que no es de él, pero que le ayuda y al mismo tiempo le aparta muy a menudo de lo que realmente quería. Su instrumento de trabajo, el lenguaje, no es sólo instrumento ni algo muerto, sino un poder creador, menos razonable, pero mucho más poderoso que el poeta. Al colocar una palabra cualquiera con la que él cree que expresa algo determinado y subjetivo, sale con frecuencia a su encuentro una advertencia, una corriente de

asociaciones acústicas, ópticas, anímicas, que le llevan consigo a lugar distinto de aquél al que pretendía dirigirse. Así pues, lo que surge finalmente en un poema y lo que diferencia de un texto racional es algo único, irrepetible, nunca totalmente idéntico a lo deseado en un principio por el autor, y precisamente es eso lo que de un modo consciente o inconsciente se ama en él.

(466)

Es fácil exponer el carácter complicado de personas intelectuales, ya que se puede analizar y separar en partes; pero sólo un gran artista es capaz de reflejar



lo irreducible, lo ingenuamente primitivo.

(467)

Hasta dónde puedo recordar, siempre me ha parecido que la función del poeta es ante todo la de recordar, la de no olvidar, la de conservar en la palabra lo pasajero y conjurar lo pasado. Aunque, al parecer, también se me ha quedado grabado algún resto de la tradición idealista que considera el oficio de poeta como maestro o como amonestador y predicador. Sin embargo, lo he concebido siempre, no tanto en el sentido de enseñanza, como en el de exhortación a insuflar alma en la vida.

(468)

Hoy día, el poeta tiene un cargo parecido al de un cura protestante: ésta en una iglesia vacía y predica; y cuando llega gente a la iglesia, se sientan y escuchan, entonces se asusta, porque ya no está acostumbrado a ello. Pero naturalmente le causa alegría.

(469)

Toda mi producción surge de la debilidad, del sufrimiento, no de una arrogancia complacida, como creen adivinar siempre los profanos en el poeta.

(470)

Las conversaciones doctas y sutiles sobre arte y poesía se han convertido en motivo de burla y en fines en sí mismas, y ese ansia de doblegarlos por medio de análisis críticos ha dañado no poco a la capacidad elemental de entregarse, de observar, de escuchar. Contentarse con arrancarle a un poema o a una narración los pensamientos, la tendencia, lo educativo o lo constructivo que contiene es conformarse con poco y equivale a perder el secreto del arte, lo real y verdadero.

(471)

Se puede ser un pensador y no obstante escribir bien. Pero todavía es costumbre

entre nosotros colocar entre los poetas a los pensadores que escriben bien. Posiblemente porque la mayoría de nuestros poetas, aunque no son pensadores, escriben un alemán que sólo se disculparía en estos últimos.

(472)

Como sabemos, todo autor de un libro de éxito es un genio, pero sólo hasta que alcanza el límite de la centésima edición. Pasando de ella, el genio se desploma en la opinión de la crítica hasta considerarlo un idiota.

(473)

El mundo no quiere del escritor ni obras

ni pensamientos, sino su dirección y su personalidad para admirarla y volverla a despreciar, para adornarla y volverla a despojar, para disfrutarla y después escupir sobre ella.

(474)

Con la misma facilidad con que le cae a uno un premio Nobel, puede caerle una teja; esto último sucede incluso con más frecuencia<sup>[3]</sup>.

(475)

La fama, junto con los homenajes, son un intento de trasladar una función espiritual al terreno sociológico, o de colocar el rendimiento espiritual en un

denominador común con las fórmulas de la masa y de la cantidad.

(476)

La bohemia es un peligro para todos los jóvenes dotados de gusto y alma por encima del término medio, en los que el talento es más fuerte que el carácter. Hoy día la bohemia sigue siendo algo atractivo, pero es una forma de vida artística equivocada, retrógrada e impracticable desde un punto de vista interior, quien se queda atascado en ella, no es un genio ni un revolucionario sino sencillamente un pobre diablo que no es lo bastante listo ni fuerte como para crearse una vida digna.

(477)

«Los artistas de circo» tienen sobre los demás artistas una ventaja: que necesariamente tienen que saber hacer algo, porque si no se parten la crisma.

(478)

No se puede hacer siempre lo mismo sin resecarse y sin acostumbrarse a transitar por ciertas vías establecidas, A mí también me sucede lo mismo, y cuando me he pasado un cierto tiempo trabajando exclusivamente en un poema o escribiendo sólo recensiones, o leyendo y pensando únicamente sobre temas históricos, tengo que cambiar y

enderezarme hacia otros objetivos, tengo que dedicarme durante algún tiempo a la Filosofía o a la Historia de la Música o pintar o hacer otra cosa cualquiera. Y antes de tener ese arranque y proponerme el cambio, suele sobrevenir una época de gran desgana y depresión.

(479)

El hombre, según la antigua, plástica y bella representación, se compone de cuerpo, alma y espíritu. Las más de las veces están aliados dos de esos elementos, dejando a un lado el tercero. El cristianismo unió espíritu y alma y difamó y descuidó el cuerpo. Nuestra época, en cambio, exagera el culto al



cuerpo, así como el culto a la razón, ambos a costa del alma. El arte es ciertamente el reino del alma y, sin embargo, tiene sus aspiraciones puestas mucho más allá de lo sensitivo.

(480)

En el momento en que una obra poética tropieza con un lector inteligente, surge inmediatamente algo nuevo vivo: la peculiaridad y el mundo imaginativo del poeta se entrelazan y mezclan con el carácter y el mundo de asociaciones del lector; y al contacto con personas que enjuiciaban mis cosas he tropezado con interpretaciones en las que ni se me había ocurrido pensar al escribir, y que

no obstante son completamente admisibles y legítimas.

(481)

Al final siempre vence el juicio humano sobre el juicio estético. Pues no disculpamos fácilmente al talento que abusa de sí mismo y en cambio sí perdonamos a la obra llena de valor humano, algunas faltas formales evidentes.

(482)

# Humor

El humor se queda siempre en algo burgués, aunque el verdadero burgués es incapaz de entenderlo.

(483)

Vivir en el mundo como si no lo fuera, respetar la ley y no obstante estar por encima de ella, poseer «como si no se tuviera nada», renunciar como si no hubiera renuncia, todas estas exigencias de la máxima sabiduría, tan queridas y tantas veces formuladas, sólo es capaz

de realizarlas el humor.

(484)

¡Cuanto mejor es el cómico, cuanto más ridícula y desamparada presenta nuestra estupidez en el chiste, tanto más grande es la risa! ¡Con qué gusto ríen todas las personas! Desde lejos, de los arrabales, caminan bajo el frío, pagan su dinero, esperan largas colas y vuelven a casa después de medianoche; y todo para poder reír un rato.

(485)

El humor, un cristal que sólo crece entre dolores hondos y constantes. Los sanos se dan palmadas en los muslos y ríen a

carcajadas y después se quedan perplejos y un poco ofendidos cuando de tiempo en tiempo leen noticias como ésta: que el querido y prestigioso cómico X se ha ahogado incomprensiblemente en un acceso de melancolía.

(486)

Los humoristas, escriban lo que escriban, utilizan todos ellos los títulos y temas sólo como pretexto; en realidad todos tienen un tema único: la inaudita tristeza y miseria de la vida humana y el asombro ante el hecho de que esta vida lastimosa pueda, sin embargo, ser tan bella y deliciosa.

(487)

Tragedia y humor no son opuestos, o mejor dicho, son opuestos precisamente por exigir tan inexorablemente cada uno de ellos la existencia del otro.

(488)

El verdadero humor empieza cuando ya no se toma, en serio la propia persona.

(489)

# Felicidad

Algunas veces me inclino a considerar a las personas felices como sabios ocultos, aunque parezcan estúpidos. ¿Hay algo más estúpido y que haga más infeliz que la inteligencia?

(490)

Cuando dos caminos amigos concurren en un punto, el mundo entero parece durante una hora el mismísimo cielo.

(491)

El enemigo más peligroso de la alegría es, sin duda, la excesiva valoración del minuto, la prisa como causa primordial de nuestra forma de vida. La consigna es: lo más posible y lo más aprisa posible. De lo cual resulta siempre cada vez más complacencia y menos alegría.  
(492)

Lo estupendo de la alegría es que viene sin merecerla y que jamás es comprable.  
(493)

El ansiar la «felicidad» del hombre primitivo y estúpido acaso no sea un estigma de los elegidos. Quizás cada



hombre —aunque no todos con la misma claridad— sienta envidia de la «felicidad» de la persona que ve sobre él o por debajo de él en la escala. Quizás cada vida siente envidia de la otra y cada cual juzga el propio destino más difícil que el de los demás.

(494)

Cuando del cielo nublado desciende un rayo de sol sobre una calleja oscura, da igual lo que ilumine: los cascotes del suelo, el papel desgarrado de un anuncio en la pared o la rubia cabeza de un niño: trae luz, trae magia, transforma y transfigura.

(495)

El paraíso acostumbra a presentársenos como tal cuando ya hemos sido expulsados de él.

(496)

Lo más hermoso se presenta siempre de modo que al lado de la alegría contiene también tristeza o temor.

(497)

El caminante disfruta del mejor y más delicado de los placeres, porque además de saborear sabe de lo pasajero de todas las alegrías. No se queda largo tiempo mirando lo ya perdido, ni ansia echar raíces en el lugar donde una vez estuvo a gusto. Hay viajeros por placer que van

año tras año al mismo lugar, y muchos que no pueden despedirse de un bello paisaje sin antes tomar la decisión de volver muy pronto. Buena gente podrán ser, pero no buenos caminantes. Tienen algo de la roma embriaguez de los amantes y algo de ese afán coleccionista de las muchachas que recogen la flor de tilo. Pero afán de caminante no tienen, ese afán callado, serio y alegre al mismo tiempo, siempre diciendo adiós.

(498)

Sólo se puede poseer la felicidad mientras no se la ve.

(499)

Mi felicidad consistía en el mismo misterio que la felicidad de los sueños, consistía en la libertad de poder vivir al mismo tiempo todo lo imaginable, de intercambiar caprichosamente lo exterior y lo interior, de desplazar tiempo y espacio como bastidores de un teatro.

(500)

Para vivir la felicidad es necesario ante todo desligarse del tiempo y, con ello, tanto del temor como de la esperanza, pero la mayoría de los hombres pierden esa capacidad con los años.

(501)

Imagina tu ser como un lago muy profundo pero de escasa superficie. La superficie es la consciencia. Allí hay claridad, allí tiene lugar eso que llamamos pensar. Pero la parte del lago que constituye la superficie es infinitamente pequeña. Puede que sea la parte más bella e interesante, pues al contacto con la luz y el aire se remueve, se transforma y se enriquece el agua. Pero las partes que están en la superficie cambian constantemente. El agua asciende del fondo, desciende de la superficie, siempre hay corrientes, reajustes, desplazamientos y cada parte del agua quiere llegar alguna vez arriba. Al igual que el lago se compone de

agua, nuestro yo o nuestra alma (no importa la palabra) se compone de miles y millones de partes, de un tesoro de posesiones, de recuerdos, de impresiones siempre creciente y cambiante. De todo ello nuestra consciencia sólo ve la pequeña superficie. El alma no ve la parte infinitamente más grande de su contenido. Pues bien, aquellas almas en las que constantemente existe una corriente fresca y un intercambio entre el gran espacio oscuro y el pequeño campo de luz me parecen ricas, sanas y capaces de conseguir la felicidad. La mayoría de las personas albergan miles y miles de cosas que jamás ascienden a

la superficie, que se pudren dentro y atormentan. Por eso, porque están podridas, atormentan, chocan una y otra vez con el rechazo de la conciencia; están bajo sospecha y se las teme. Éste es el sentido de toda moral: ¡lo que se reconoce como perjudicial no debe salir a la superficie! Pero nada es perjudicial, ni nada útil, todo es bueno o todo es indiferente. Cada individuo lleva cosas en sí que le pertenecen, que son buenas para él y que le son propias, pero que no deben acceder a la superficie. Si subieran, dice la moral, sería una desgracia. ¡Pero quizás fuera una suerte! Por eso tiene que subir todo a la superficie, y el hombre que se somete a

una moral empobrece.

(502)

Lo bello deriva parte de su encanto del carácter pasajero.

(503)

Con el deber, con la moral y con los mandamientos rara vez hacemos felices a dos demás, porque con eso no nos hacemos felices ni a nosotros mismos. Si el hombre puede ser «bueno», sólo lo puede ser cuando es feliz.

(504)

La felicidad es amor, no es otra cosa. El que sabe amar es feliz.



(505)

# Amor

Hoy día nos parece, no ya posible, sino normal y correcto que un hombre sensato, inteligente y vital dedique todas sus dotes y fuerzas a ganar dinero o que las ponga al servicio de un partido político; lo que a nadie se le pasaría por la mente es que dedicara esas dotes y fuerzas a las mujeres y al amor. Desde la burguesísima América hasta el rojísimo socialismo soviético, en ninguna concepción filosófica verdaderamente «moderna» tiene el amor otro papel que

el de mero factor secundario del placer, para cuya regulación son suficientes unas cuantas reglas de higiene.

(506)

Es maravilloso el amor, también en el arte. Es capaz de conseguir lo que toda la educación, todo el intelecto y toda la crítica no consiguen; une las cosas más alejadas y yuxtapone lo antiquísimo y lo más reciente. Supera el tiempo al relacionar todas las cosas con su propio centro. Sólo él da seguridad, sólo él tiene razón porque no pretende tenerla.

(507)

La fantasía y la intuición no son más que

formas del amor.

(508)

Es un curioso secreto de la sabiduría de todos los tiempos, pero un secreto muy sencillo, que cualquier entrega desinteresada, cualquier participación, todo amor nos enriquece, mientras que todo esfuerzo por adquirir posesiones y poder resta fuerzas y empobrece. Esto lo sabían y enseñaron los hindúes, y más tarde los sabios griegos y luego Jesús y desde entonces miles de sabios y poetas cuyas obras sobreviven a los tiempos, mientras que los reinos y reyes de su época pasaron y cayeron en el olvido. Igual da que estéis con Jesucristo o con

Platón, con Schiller o con Spinoza: en cualquiera de ellos la sabiduría última es que ni el poder, ni los bienes, ni el conocimiento traen la dicha, sino sólo el amor. Todo desinterés, toda renuncia por amor, toda compasión activa, toda renuncia a sí mismo parece que es entregar, privarse de algo, y sin embargo es enriquecerse y engrandecerse y es el único camino que lleva hacia adelante y hacia arriba. Es una vieja canción y yo soy mal cantor y peor predicador, pero las verdades no envejecen y son siempre y en todo lugar verdaderas, ya sean predicadas en el desierto, cantadas en versos o impresas en un periódico.

(509)

Con el amor pasa lo mismo que con el arte: entre quien ama un poquito lo más grande y quien arde de amor ante lo más pequeño, es más pobre e inferior el primero.

(510)

Si podemos hacer a alguien más alegre y feliz, deberíamos hacerlo en cualquier caso.

(511)

Es algo manifiesto que amar y conocer es casi uno, que a la persona a la que más se quiere es a la que mejor se conoce.

(512)

El amor no debe rogar, ni tampoco exigir. El amor tiene que tener la fuerza suficiente para llegar por sí mismo a la certeza. Entonces ya no es arrastrado, sino que arrastra.

(513)

Él había amado y se había encontrado a sí mismo. La mayoría, en cambio, aman para así perderse.

(514)

Es imposible el amor al prójimo sin amarse a uno mismo. El odio a uno mismo es exactamente igual que el egoísmo desaforado y al final produce el

mismo aislamiento espantoso y la misma desesperación.

(515)

No es una suerte ser amado. Toda persona se ama a sí misma; en cambio amar, eso sí que es suerte.

(516)

Es más raro y difícil que dos personas que dependen una de la otra vivan juntas en paz, que cualquier otro esfuerzo ético o intelectual.

(517)

¿Qué serían razón y templanza sin el conocimiento de la embriaguez, qué



sería la voluptuosidad si la muerte no estuviera detrás de ella, qué sería el amor sin la eterna enemistad de los sexos?

(518)

Aprendí ante todo que los pequeños juguetes, las cosas de moda o de lujo no son sólo chucherías y cursiladas, ni sólo un hallazgo de los fabricantes y comerciantes ansiosos de ganar dinero, sino que son legítimos, bellos, diversos, un mundo pequeño, o más bien grande, de cosas cuyo único fin es el de servir al amor, refinar los sentidos, hacer revisar el mundo muerto que nos rodea y dotarle mágicamente de nuevos órganos para el

amor, desde los polvos y el perfume, hasta el zapato de baile, desde el anillo a la pitillera, desde la hebilla del cinturón hasta el bolso. Ese bolso no es un bolso, el monedero no es monedero, las flores no son flores, el abanico no es abanico, todo es materia plástica del amor, de la magia, del estímulo, es mensajero, contrabandista, arma, grito de batalla.

(519)

La mayoría de las cosas, aunque se pretexte que es por otros motivos, se hacen por las mujeres.

(520)

Soy un admirador de la infidelidad, del cambio, de la fantasía. No veo ningún valor en fijar mi amor en cualquier rincón del mundo. Aquello que amamos lo considero siempre y únicamente como una metáfora. En cuanto el amor queda amarrado a algo y se torna fidelidad y virtud, se me hace sospechoso.

(521)

Todas las cosas del mundo se pueden imitar y falsificar, menos el amor: el amor no se puede robar, ni imitar, vive solo en el corazón que sabe entregarse totalmente. Ésta es la fuente de todo arte.

(522)

La gente no paga gustosa con confianza y amor, prefiere pagar con dinero y mercancías.

(523)

No hay nada que tenga menos éxito que meditar sobre la persona a quien amamos. Tales elucubraciones son como ciertas canciones del pueblo o de los soldados en las que aparecen miles de cosas pero en las que el estribillo se repite tenazmente incluso donde no pega.

(524)

La vida sólo adquiere sentido por el amor. Es decir: cuanto más amor y capacidad de entrega poseamos, tanto

más sentido tendrá nuestra vida.

(525)

Puede que sea cosa de grandes pensadores observar el mundo y despreciarlo. Pero a mí lo único que me interesa es poder amar el mundo, poder observarlo a él, a mí y a todos los seres con amor, admiración y respeto.

(526)

Todo aquello en lo que ponemos amor es algo que supervaloramos y por eso de vez en cuando exige también contradicción y crítica, porque vivo y valioso sólo lo es el amor, no el objeto en el que lo colocamos.

(527)

# Muerte

Una agonía también es un proceso vital, no menos que un nacimiento, y a menudo se pueden confundir ambos.

(528)

Después de cada muerte la vida se hace más delicada y más fina.

(529)

El racionalista cree que la tierra le ha sido entregada al hombre para que la explote. Su enemigo más temido es la

muerte, la idea de lo perecedero de su vida y de su hacer. Evita pensar en ella, y cuando no puede rehuir esa idea se refugia en la actividad y sitúa frente a la muerte un redoblado afán: afán de bienes materiales, de conocimientos, de leyes, de dominio racional del mundo. Su fe en la inmortalidad es la fe en el progreso: como miembro activo en la eterna cadena del progreso se cree liberado de una desaparición completa.

(530)

De pasos que ya hemos dado y de muertes que ya hemos muerto no debemos arrepentimos.

(531)



Pienso que cuando una persona considera imposible y prohibido el suicidio —ya sea por razones de naturaleza, de educación o de destino—, aunque de vez en cuando la imaginación le conduzca a la tentación de contemplarlo como un recurso, no podrá llevarlo a cabo, sencillamente seguirá siendo para ella algo prohibido. Si no es así y se desprende decididamente de esa vida que le resulta insoportable, opino que le asiste el mismo derecho que tienen los demás a la muerte natural. He conocido suicidas cuya muerte me pareció más natural y sensata que algunas otras.

(532)

Se muere tan condenadamente despacio y por partes: cada muela, cada músculo y cada hueso se despiden aparte, como si uno se hubiera llevado especialmente bien con ellos.

(533)

Ante la pérdida de una persona querida nuestra primera respuesta, la más natural, es el dolor y el lamento. Nos ayudan durante las primeras horas de duelo y desgracia, pero no son suficientes para unirnos con el muerto. Esto lo consigue, en el nivel primitivo, el culto a los muertos: sacrificios,

ornamentos fúnebres, monumentos, flores. En nuestro nivel, en cambio, el sacrificio mortuorio debe llevarse a cabo dentro de nuestra propia alma, por medio de la evocación del recuerdo exacto, por la reconstrucción en nuestro interior de la persona amada. Si lo conseguimos, el muerto sigue a nuestro lado, su imagen está salvada y nos ayuda a hacer fructífero el dolor.

(534)

No necesito ningún arma contra la muerte, porque muerte no existe. Pero sí hay una: el miedo ante la muerte. Ésa se puede curar.

(535)

# Juventud y vejez

Creo que en la vida se puede trazar una frontera muy precisa entre juventud y vejez. La juventud cesa con el egoísmo, la vejez comienza con la entrega a los demás.

(536)

La persona adulta que ha aprendido a transformar una parte de sus sentimientos en pensamientos, echa en falta éstos en el niño y por eso cree que tampoco existen las vivencias.

(537)

En el camino entre el joven y el hombre hay dos momentos principales: la interiorización y concienciación del propio yo, y en segundo lugar la ordenación de ese yo en la comunidad. Cuanto más sencillo y despreocupado es el joven, menos fatigas le causarán ambas tareas. A las naturalezas más diferenciadas y más dotadas les resulta algo más difícil, y más aún a aquéllas a las que no les muestra el camino su propio talento especial. Pero cada vida es una empresa arriesgada, y siempre hay que buscar un nuevo equilibrio entre las dotes e instintos personales y las

exigencias sociales; pero nunca sin sacrificios, nunca sin cometer errores. Tampoco nosotros, los viejos, en apariencia bien anclados y seguros, estamos a salvo de las dudas y de las equivocaciones, sino en medio de ellas.  
(538)

Quien no pueda soportar la parcialidad y el atrevido espíritu revolucionario, quien prefiera una juventud sabia, complaciente y comprensiva en lugar de fanática y puritana, que la rechace. Se perjudicará a sí mismo.  
(539)

La protesta contra nombres y contra

construcciones históricas artificiales es propia de la juventud, y no es sólo un modo o falta de modales, sino un derecho y un instinto de aquélla (que no es preciso que la midamos por años del calendario).

(540)

Comprendo esa teoría juvenil-idealista que desprecia el dinero. Ahora bien, mientras persista el tipo de sociedad actual, el dinero no es sólo una fuerza ciega y maligna, sino algo más: es la concentración de trabajo, renuncias, ahorro y fidelidad en el transcurso de la vida. Por eso el padre que ha ido ahorrando poco a poco es sensible a los

gestos de desprecio de sus hijos ante el dinero.

(541)

Es hermoso que una vieja familia se aferre a su casa con cariño; pero el rejuvenecimiento y la grandeza sólo provienen de que sus hijos sirvan a fines superiores a los de la familia.

(542)

No hay que tomar demasiado en serio el griterío revolucionario de una parte de la juventud. Lo único serio es la profunda necesidad de hallar nuevas emociones y nuevas formas de expresión para las nuevas preocupaciones.



(543)

La joven generación se regocija, y con razón, al sentir el ocaso de ese viejo mundo burgués bajo cuya férula creció.

(544)

Así como el «conocimiento», es decir el despertar del espíritu, equivale a pecado en la Biblia (representado por la serpiente del Paraíso), así las costumbres y la tradición observan siempre con desconfianza el proceso de hacerse hombre, la individualización, la lucha del individuo para salir de la masa y alcanzar una personalidad, de la misma manera que los roces entre el

joven y la familia, entre padre e hijo, siendo algo tan natural y antiguo, representan para el padre una rebelión inaudita.

(545)

La verdad es un ideal típico de la juventud; el amor, por el contrario, es típico del hombre maduro. En los individuos pensantes, el ansia de alcanzar la verdad cesa cuando advierten que el hombre está muy mal dotado para reconocer las verdades objetivas, llegando así a la conclusión de que la búsqueda de la verdad no puede ser la auténtica actividad humana. Pero también en aquellas personas que

no llegan a estas reflexiones se produce este mismo cambio a lo largo de su experiencia inconsciente. Estar en posesión de la verdad, tener razón, saber, poder diferenciar perfectamente entre el bien y el mal y, como consecuencia de ello, tener la capacidad y el derecho de juzgar, de imponer castigo, de sentenciar, de hacer la guerra, todo esto es juvenil y está en consonancia con la juventud. Si, al pasar los años, se siguen manteniendo estos ideales, desaparece la capacidad —de por sí no muy firme— de «despertar», esa capacidad que tenemos los humanos de intuir la verdad suprahumana.

(546)

Es cosa de los viejos actuar de un modo más libre, más ligero, más experimentado, más bondadoso con la propia capacidad de amar de lo que puede la juventud. La vejez da fácilmente en tachar de impertinente a la juventud. Pero a su vez imita gustosa los gestos y maneras de los jóvenes, es también fanática, injusta, posesiva y propensa a ofenderse. La vejez no es peor que la juventud, Lao Tse no es peor que Buda, el rojo no es peor que el azul. La vejez solo se rebaja cuando pretende jugar a joven.

(547)

El envejecimiento es un proceso natural; el hombre de 65 o 75 años, cuando no desea ser más joven, es tan sano y normal como el de 30 o de 50. Pero, por desgracia, no siempre se está de acuerdo con la propia edad; a menudo nos adelantamos a ella, o bien —cosa más frecuente— nos quedamos rezagados; y entonces la consciencia y el sentimiento vital están menos maduros que el cuerpo, se revuelven contra los fenómenos naturales de este último y exigen de sí mismos algo que no pueden dar.

(548)

De viejos es cuando se ve por vez primera lo rara que es la belleza y el milagro que supone que crezcan flores entre las fábricas y los cañones y que entre los periódicos y los papeles de la Bolsa haya también poesías.

(549)

La necesidad de la juventud es poder tomarse en serio. La necesidad de la vejez es poder sacrificarse, porque sobre ella hay algo que toma en serio. Una vida espiritual tiene que establecerse y desarrollarse entre estos dos extremos. Porque es tarea, ansia y deber de la juventud llegar a ser, y tarea

de las personas maduras entregarse, o como dijeron los místicos alemanes, «des-llegar-a-ser». Es preciso llegar a ser un hombre cabal, una verdadera personalidad y haber padecido los sufrimientos de este proceso de individualización antes de poder sacrificar esta personalidad.

(550)

# Nota editorial

Hermann Hesse tituló *Lektüre für Minuten* un impreso privado con el que pretendía aliviar un tanto su obligación de responder a numerosas felicitaciones, cartas y regalos. Se trataba de una recopilación de 39 pensamientos extraídos de los libros de Hesse y anotados por un lector. La existencia de este impreso fue el estímulo y la legitimación ulterior de la presente edición ampliada. En principio no se pensó en un libro de esta índole. Todas las citas acumuladas aquí formaban



parte de una recopilación de material en la que se recogían expresiones características o dignas de tener en cuenta y que llamaron la atención al preparar la edición de las obras completas de Hesse y al estudiar su obra póstuma, con más de 3000 recensiones, cientos de fascículos e incontables cartas. Fue la reacción de la prensa de habla alemana ante el sobrecogedor renacimiento de Hesse en los Estados Unidos lo que nos mostró la necesidad de publicar una selección de este material. Esta recopilación resume en sus 550 citas, ordenadas por temas, la esencia del pensamiento de las obras de Hesse. Al hacer la primera lectura nos

sorprendió la continuidad que revelaban estos pensamientos expresados en lugares muy diferentes y durante etapas y circunstancias de la vida muy distintas. Incluso allí donde se contradicen, no son contradicciones del autor, sino polaridades del problema visto por el temperamento de Hesse.

«La verdad es casi siempre complicada, oscura y equívoca. Cada palabra, y especialmente la palabra “clara”, la violenta. La claridad es siempre violencia, es un intento violento de simplificar lo multiforme».

... «Una verdad sólo puede ser expresada cuando es parcial». En este sentido hay que entender la repetición de

motivos afines, pues cada vez adquieren nuevas facetas y aspectos relativos al problema observado.

Como criterio para preparar la ordenación de los textos se prefirió seguir una distribución por temas. Pero incluso esta sincronización temática no es más que una ayuda de orientación.

De estos pensamientos, muy pocos fueron escritos aisladamente por Hesse. Casi todos han sido extraídos de un contexto. Pero sólo lo hemos hecho en aquellos casos en que no había perjuicio para la integridad de lo expresado por Hesse. Por otro lado, se han añadido, o eliminado, referencias a pasajes anteriores cuando la comprensión del

pensamiento así lo exigía. En ninguno de estos casos se ha dañado la autenticidad del pensamiento.

Todas las citas están numeradas. Al final del libro se incluye un índice en el que se indica la fuente y que quizá sea el incentivo para una lectura más detallada. Pues las sentencias por sí solas únicamente transmiten el aspecto intelectual de la personalidad de este autor, mostrando poco de ese encanto lingüístico que Kurt Tucholsky ha caracterizado con palabras como éstas: «Lo que tanto amamos y admiramos desde siempre en él vuelve a estar con nosotros: la potente fuerza y sensualidad de su prosa. Él puede lo que muy pocos

consiguen. No sólo sabe describir un atardecer de verano y un baño refrescante y el cansancio relajado tras el esfuerzo corporal —eso sería fácil—. Consigue que sintamos calor, frescor y cansancio en nuestro corazón».

Lo que caracteriza a los pensamientos de Hesse aquí reunidos no es *esprit* o virtuosismo, sino veracidad; son el producto de conflictos vividos, son auténticos.

Posiblemente sea la veracidad lo que fascina una y otra vez a las nuevas generaciones de lectores. El mismo Hesse respondió en 1928, con motivo de una encuesta acerca del éxito cara al público:

Es muy pequeño el número de lectores que puede captar las cualidades poéticas de un libro y que sabe distinguir una frase bien escrita de un cliché. No creo que sea la cualidad literaria de mis libros lo que atrae a la mayoría de mis lectores. Más bien creo que la mayoría de ellos reconocen y sienten en mi obra y en mi persona al representante de un tipo psicológico al que ellos mismos pertenecen. No es el contenido de mis libros lo que les interesa, ni la técnica o el arte, sino que les gustan porque hallan expresados o afirmados en ellos, me parece a mí su propio tipo de alma, sus propias exigencias y problemas anímicas.

Frankfurt, mayo 1971

*V. M.*

# Fuentes

*Beschwörungen*, 331.

*Betrachtungen*, 14, 64, 65, 68, 74, 134, 138, 162, 205, 224, 244, 264, 271, 276, 281, 284, 285, 286, 304, 312, 332, 452, 530.

*Bilderbuch*, 340, 346, 358, 403, 405, 493, 498.

*Boccaccio*, 328.

*Cartas*, segunda edición aumentada, 1964; Lema, 5, 10, 12, 13, 15, 16, 17, 22, 30, 32, 36, 39, 41, 43, 45, 46, 50, 52, 66, 76, 89, 92, 93, 100, 106, 107,



108, 109, 123, 124, 127, 131, 132, 133,  
136, 144, 145, 149, 154, 160, 165, 181,  
190, 193, 194, 199, 200, 207, 221, 223,  
226, 228, 233, 234, 247, 248, 249, 250,  
251, 253, 257, 258, 260, 263, 265, 266,  
267, 268, 275, 316, 363, 384, 387, 388,  
389, 393, 398, 415, 418, 420, 421, 423,  
425, 443, 464, 476, 494, 525, 532, 545,  
549, 550.

*Cartas, inéditas*, 4, 8, 27, 29, 33, 37,  
38, 40, 47, 48, 51, 53, 55, 57, 61, 69,  
70, 72, 73, 82, 83, 95, 96, 99, 121, 125,  
126, 142, 159, 163, 180, 183, 184, 186,  
187, 191, 197, 208, 209, 211, 217, 254,  
261, 262, 270, 274, 282, 294, 305, 317,  
337, 342, 354, 356, 361, 362, 365, 394,  
395, 400, 402, 406, 411, 416, 432, 457,

463, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 477,  
478, 479, 480, 481, 508, 527, 528, 529,  
531, 533, 534, 538, 541, 543, 546, 548.

*Demian*, 26, 49, 88, 90, 94, 115, 117,  
139, 172, 218, 255, 256, 291, 353, 355,  
372, 382, 491, 513, 514, 537.

*Diesseits*, 330, 341.

*Gedenkblätter*, 86, 220, 243, 347, 370,  
499.

*Gertrud*, 536.

*Das Glasperlenspiel*, 11, 23, 104, 119,  
129, 173, 189, 195, 229, 237, 238, 273,  
277, 279, 306, 348, 369, 391, 511, 523,  
542.

*Kleiner Garten*, 376.

*Klingsor* (Klingsors letzter  
Sommer/Klein und Wagner), 79, 80,

116, 175, 302, 379, 383, 385, 516, 535.

*Knulp*, 141, 497.

*Krieg und Frieden*, 1, 2, 3, 7, 9, 42, 59, 60, 62. 63, 97, 98, 105, 114, 155, 168, 169, 171, 198, 202, 212, 349, 366, 451.

*Kurgast*, 18, 85, 158, 345, 359.

*Lektüre für Minuten* (impreso privado, 1952), 56, 122, 178, 179, 232, 252, 269, 287, 290, 292, 371, 381, 390.

*Märchen*, 67, 216.

*Die Morgenlandfahrt*, 25, 112, 300, 500.

*Narziß, und Goldmund*, 157, 196, 235, 236, 378, 512.

*Neue deutsche Bücher* (artículos literarios para *Bonniers Litteräta Magasin* 1935-1936), 351, 397, 459.

*Dte Nürnberger Reise*, 103, 338, 339, 404, 407, 474, 485, 486, 487, 488.

*Peter Camenzind*, 524.

*Politische Betrachtungen*, 21, 24, 34, 35, 44, 77, 167.

*Prosa aus dem Nachlaß* (editado por Ninon Hesse), 146, 152, 153, 166, 343, 375, 414, 429, 502.

*Prosa y folletos póstumos, inéditos*, 19, 28, 54, 87, 101, 102, 143, 147, 150, 170, 201, 203, 231, 272, 283, 327, 333, 335, 336, 367, 373, 409, 417, 424, 426, 437, 454, 492, 503, 504, 505, 509, 520.

*Recensiones póstumas*, 6, 78, 204, 295, 296, 297, 298, 301, 303, 307, 321, 322, 323, 325, 326, 334, 352, 360, 380, 399, 427, 433, 434, 436, 441, 449, 450, 455,

460, 472, 496, 517, 522.

*Schriften zur Literatur I*, 20, 31, 81, 120, 128, 137, 140, 206, 219, 227, 293, 308, 309, 310, 311, 313, 314, 315, 318, 320, 324, 329, 368, 392, 396, 408, 419, 428, 430, 431, 435, 438, 439, 440, 444, 448, 453, 456, 461, 482, 507, 510, 512, 539.

*Schriften zur Literatur II*, 110, 130, 151, 161, 222, 230, 245, 246, 288, 319, 350, 386, 401, 410, 412, 442, 445, 446, 471, 473, 475, 495, 506.

*Siddhartha*, 174, 177, 225, 289, 299, 344, 526.

*Späte Prosa*, 135, 188, 501.

*Der Steppenwolf*, 71, 75, 84, 111, 113, 118, 148, 156, 185, 242, 278, 357, 377,

413, 422, 447, 462, 483, 484, 489, 515,  
519.

*Tagebuch* (1920), 182,239.

*Traumfährte*, 164, 192, 213, 214, 259,  
280, 364, 458, 490.

*Unterm Rad*, 210, 215.

*Wanderung*, 58, 91, 240, 241, 374, 521.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo

oriental y la búsqueda del propio yo. Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo. Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923.



La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre *Demian*, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real,

Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. El lobo

estepario (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior Narciso y Goldmundo (1930). La última novela de Hesse, El juego de abalorios (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946,

murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.

# Notas

[1] Juego de palabras: *Eigensinn*, capricho; *Sinn des Eigenen*, sentido de lo propio. [N. del T]. <<

[2] En inglés, en el original. [N. del T].

<<

[3] 1946. [N. del T]. <<